

*La mujer
del destino*

MARIANGELA
CAMOCARDI

La mujer del destino

Mariangela Camocardi

Traducido por
Cristina Zuil González

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Epílogo](#)

[Acerca del Autor](#)

© 2022 Mariangela Camocardi

Todos los derechos reservados

© de la traducción: Cristina Zuil González

La obra, incluidas todas sus partes, está protegida por la ley de derechos de autor. La reproducción en cualquier modo o forma en los límites de la ley y la comunicación están prohibidas y serán sancionadas, excepto autorización expresa (incluidas, entre otras, la distribución, la adaptación, la traducción y la reelaboración, así como a través de canales digitales interactivos y cualquier modalidad conocida actualmente o desarrollada en el futuro). A la autora se le reconoce la plena titularidad de las marcas citadas en relación con los sujetos depositarios de los mismos. Este libro electrónico no puede intercambiarse, darse o difundirse sin autorización.

Esta historia es ficción. Los nombres, personajes y acontecimientos son fruto de la imaginación de la autora o usados en clave ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales que hayan existido en el pasado o en el presente son pura coincidencia.

Elaboración gráfica de la cubierta a cargo de MC Books

Recursos fotográficos: Shutterstock.com

Publicado independientemente por MC Books

1

1642 d. C.

El estruendo de las espadas retumbaba, siniestro, en la quietud del bosque que, como un anillo frondoso, circundaba el claro aislado elegido para el duelo. Apenas había amanecido, desacreditando el negro azabache de la noche con vetas perladas que delimitaban el horizonte al este. La hierba que aún no habían pisado los dos hombres mientras, en el incierto despertar del día, cruzaban las espadas estaba impregnada de rocío. Sus movimientos rápidos en el aire producían un centelleo metálico cuando los aceros chocaban en una carga constante. Ejecutado con evidente impaciencia por parte de los combatientes, siempre en guardia, el encuentro se había vuelto inmediatamente violento por la sucesión de asaltos. Se vislumbraba la voluntad de matar en el ímpetu con el que cada uno trataba de darle un golpe mortal al otro.

Por curioso que pareciera, iban vestidos casi del mismo modo, con calzas negras hasta la rodilla, botas de estilo francés y vaporosas camisas blancas. La brisa agitaba los rizos de color castaño dorado del caballero más alto, largos hasta rozarle los anchos hombros. Su antagonista compensaba la estatura inferior con una complexión más gruesa. Llevaba el cabello negro y ondulado recogido en una coleta, que se había puesto de moda desde que el mariscal Codenet la exhibió por primera vez en sociedad, desde entonces mostrada con orgullo por todos los tipos presumidos con calzas. De ahí que solo fuera un dandi ostentoso que, con sus fuertes pisadas, presionaba con tal fiero frenesí al conde Lapo de Monfalco que dejaba entrever la animosidad que le provocaba su rival.

A medida que pasaba el tiempo, Lapo, por su parte, daba la impresión de tener grandes dificultades para mantener controlado al belicoso barón Castruccio Benci, ansioso por enviarlo con el Creador. Bloquear a ese enemigo declarado requería cada pizca de fuerza y una concentración similar, dado su vigoroso temperamento. Ahora habían empezado a moverse en círculos y los testigos parecían estar asistiendo a una especie de baile macabro cuyo trágico epílogo implicaba la pérdida de la vida de uno de los contendientes. Eran espadachines hábiles, dispuestos a permanecer a la defensiva porque la mínima distracción habría permitido que el otro penetrara en su barrera y alcanzara el blanco. Benci tenía ventaja, dada su amplia experiencia en los duelos, conocido por tener un carácter provocador; las disputas las resolvía a punta de espada.

Alrededor del claro, jueces y padrinos controlaban que los contendientes respetaran las reglas de la caballería. Entonces, de manera accidental, al dar un paso atrás, Monfalco golpeó con el talón una raíz que sobresalía, lo que le hizo perder el equilibrio. Al tratar de no caer, aparte durante unos segundos la mirada de Benci, quien esperaba una oportunidad así para poner fin al

espectáculo. La aprovechó en el momento perfecto, apuntando como un rayo al corazón del rival, que reaccionó por instinto y giró el cuerpo hacia un lado de forma brusca en el último instante. Cuando la espada se le hundió en los músculos del costado, Monfalco emitió una exclamación llena de rabia y dolor. Aun así, logró esbozar una mueca de desprecio ante la decepción de Castruccio mientras seguía bloqueando el ataque en un intento por invertir el resultado del duelo. No obstante, le cedieron las piernas a su pesar y cayó a tierra, con lo que la espada toledana se le escapó de los dedos y rodó lejos de su alcance.

—¡Os mataré como a un perro sarnoso, Lapo de Monfalco!

—Un gesto que dice mucho del cobarde que sois.

—A los novatos como vos me los como de un solo bocado —rugió Benci con mezquina satisfacción, erigiéndose amenazador sobre el hombre a su merced.

Los ojos oscuros brillaban llenos de rencor y tenía el rostro endurecido en una máscara tan cruel que infundió miedo a los que asistían a la escena. Sobre la conclusión del duelo aún en el aire, se cernía el conocimiento de que, aunque hábil en el manejo de la espada, Monfalco se había enfrentado a un experto en el arte de la esgrima, beneficiado por una agilidad sorprendente, reforzada por una robusta constitución física. La suerte había favorecido al barón, jugando un papel decisivo a la hora de determinar al ganador.

También quedó claro que enemistarse con él no era seguro, por lo que abstenerse de intervenir en la cuestión era la única alternativa. Nadie deseaba acabar como un pollo al horno, ensartado en la espada letal de un individuo temido por su personalidad iracunda y por el cinismo con el que acababa con los incautos que osaban provocar su ira. De hecho, bastaba con contemplar la postura terca de su mentón peludo para reconocer el estigma del fanfarrón y la susceptible agresividad innata de su interior. Por otro lado, Monfalco no había tenido otra alternativa que recoger el guante del desafío de Benci, un salvaje que ni siquiera la mundana cola de caballo lograba mitigar el hastío impertérrito que le alteraba los rasgos.

Justo entonces, se produjo un nuevo imprevisto.

—Castruccio, deteneos, por el amor de Dios, u os mancillaréis con un delito que hará que os pudráis en el infierno. —La voz que rompió el silencio que había descendido sobre el claro hizo que todas las miradas convergieran en la mujer cuya figura se recortaba sobre el fondo luminoso del cielo. La capucha del manto impedía verle los rasgos y averiguar su identidad.

Dio algunos pasos titubeantes y dudó cuando el barón giró la cabeza con una torsión brusca de ese cuello taurino. Lapo observaba al adversario con una ira impotente.

—Maldita sea, Piccarda, ¿qué hacéis aquí? —le increpó Benci mientras la contemplaba con una impaciencia evidente—. Comprenderéis que este no es el lugar ni el espectáculo adecuados para una mujer como vos.

—Me temo que sí. Cuando me han hablado del duelo, me he precipitado hasta aquí para impedir que os ensañéis con un hombre que no os ha hecho mal alguno.

—Queréis salvar la piel de vuestro amante, ¿verdad? —replicó enfadado—. Os recuerdo que erais mi prometida y que me habéis ocultado que este canalla se alojaba con vos. Reclamo la satisfacción que me ha sido arrebatada.

—No podéis reivindicar nada y bien lo sabéis.

—¡Os habéis dejado cortejar!

—Es el único error que podéis reprocharme porque, después, os he dicho de manera respetuosa que no me hubiera casado con vos bajo ningún concepto, Castruccio —contestó Piccarda con serenidad—. Es una decisión irrevocable.

—Solo porque os habéis encaprichado de este tipo.

—Monfalco y yo solo somos amigos —dijo la mujer—. Os habéis equivocado conmigo, reclamando derechos que nunca os he concedido, y habéis tenido la desfachatez de insultarme en público. El conde, molesto por el despropósito de la posición en la que me habéis dejado, ha considerado que debía defender mi honor como haría cualquier caballero en circunstancias parecidas. —Se interrumpió y se acercó a Lapo para comprobar en qué condiciones se encontraba. Estaba muy pálido y seguía la conversación con el rostro contraído por la ira. La mano con la que se presionaba la herida se había teñido de rojo, igual que la mancha que se le extendía por la camisa.

—¡Me habéis dejado por su culpa! —insistió el barón.

—Han sido vuestros celos enfermizos los que consagraron nuestra despedida y os repito que no os autorizo que os metáis en mi vida como si fueseis su dueño.

—Piccarda, deseo casarme con vos, cielos.

—Yo, sin embargo, no. De todas formas, ya habéis tenido vuestra venganza.

—¡Deseo verlo muerto!

—Entonces, seríais artífice de un abuso que me haría dudar de que os encontréis en vuestros cabales. Sois un noble y la serenidad de espíritu supone un pilar fundamental en la escala de valores morales a la que deberíais ateneros.

—¿Acaso me estáis dando lecciones de comportamiento?

—Cuando se os falta el respeto que se os debe, corregís los errores eliminando la vergüenza con sangre, pero negáis a los demás el mismo derecho. Monfalco se ha enfrentado a vos porque me habéis ofendido gravemente y ni siquiera os habéis molestado en disculparos conmigo. Os pido que le perdonéis la vida.

—Excelencia, el duelo ha sido justo y el conde debe recibir socorro. ¡Ya lo sabéis! —Uno de los padrinos había dado un paso al frente, aunque permanecía a una distancia prudente al notar la furia asesina que aún anegaba los ojos de Benci.

Este parecía debatirse entre el impulso de dar un golpe decisivo para acabar con Lapo o contentarse con la venganza parcial. Con manifiesta reticencia, por fin, retiró el brazo y enfundó la espada antes de alejarse con arrogantes zancadas sin negarse a responder a quien lo había interpelado al respecto.

Solo entonces, Piccarda le hizo una señal imperiosa a un par de criados que se habían materializado entre los árboles durante la disputa y que se acercaron, solícitos, mientras ella se inclinaba sobre Lapo.

—¿Cómo os sentís?

El caballero entreabrió apenas los ojos.

—Más muerto que vivo, ángel...

—Os traeré hacia la vida, querido mío, y saldréis de esta, estoy segura —lo tranquilizó antes de echarse a un lado cuando los criados lo alzaron con precaución para colocarlo sobre la camilla. El grupo rodeó el carruaje remolcado por una yegua que estaba esperando sobre el sendero de tierra que serpenteaba, sinuoso, para salir del páramo. Había otros cuatro caballos, retenidos por las riendas del caballerizo de Piccarda, uno de los cuales pertenecía a su dueña, amazona capaz de cabalgar sobre la silla como un hombre.

En cuanto los criados colocaron al herido sobre la paja extendida por el suelo de duras tablas del carruaje, todos se subieron a los animales excepto ella, quien prefirió permanecer junto a Lapo.

—Os debo la vida, Piccarda. —Lapo esbozó una sonrisa de agradecimiento a la amiga de pecho generoso atareada en la habitación que llevaba varias semanas ocupando. Lo había atendido mejor que una enfermera después de que el cirujano le hubiera limpiado y suturado la profunda herida y ahora estaba casi recuperado, todo gracias a ella. Para salvarlo incluso había interrumpido el duelo.

—Siento no haber llegado antes de que Benci os diera ese golpe de espada. ¿Sabéis? Me asusté al verlos desplomados y sangrando.

—¿Temíais que muriera?

—Soy pesimista por naturaleza y, además de sentirme culpable, he temido que estuvierais condenado y a punto de dejar vuestra alma al Señor.

—Me hubiera gustado mantener a raya con mayor destreza a vuestro admirador. —Lapo soltó un suspiro—. La brutal impetuosidad de Benci me llevaba ventaja y he debido haber mostrado una penosa exhibición de falta de habilidad, arriesgándome a morir.

La mujer dudó un instante ante esas palabras mientras fijaba la atención en su firme mandíbula antes de posarla sobre la boca carnosa y sensual. Se preguntó cómo sería dejar que Lapo la besara, pero ahuyentó de raíz esos pensamientos lujuriosos. La venda blanca destacaba sobre el tórax de músculos esculpidos, bronceados por el sol. Lo llevaba al descubierto y la sábana le cubría a duras penas la parte inferior del cuerpo. Una sonrisa le curvó los labios: no debía hacer demasiados esfuerzos mentales para tener una idea de cómo era su anatomía. Lo había atendido como a un recién nacido y debía admitir que su futura mujer apreciaría seguramente esa virilidad. Le rozó la mano con un gesto espontáneo.

—No me lo habría perdonado nunca, lo reconozco.

Lapo comprendía los celos de Benci, aunque no justificaban su burdo temperamento. Enamorarse de esa dama atractiva habría sido demasiado fácil. A los treinta años, lejos de haber perdido su belleza, su encanto se había acentuado. No dependía de la tez lechosa, de los ojos azules ni de la corona morena de trenzas que le enmarcaba el rostro, sino de su feminidad, que suscitaba deseo en los hombres.

Se habían conocido de una manera peculiar. Mientras atravesaba el campo toscano de camino a su Florencia querida, heredero de un título y un patrimonio jamás soñado, de repente el cielo se había vuelto plomizo y había estallado un huracán de viento y rayos que habían incendiado los árboles. Las fuertes ráfagas levantaban nubes de polvo que lo rodeaban, lo que le impedía orientarse y encontrar un refugio en el que resguardarse de la caída de una catarata celestial. Al final, en la distancia, había vislumbrado una mansión. Tras azuzar a su caballo, galopó directamente hacia allí para pedir asilo. Lo habían recibido los criados de Piccarda Rinuccini, una rica viuda que residía en esa acogedora propiedad agreste. Ella misma se había esforzado por hacer que Lapo se sintiera cómodo, proporcionándole ropa seca. El diluvio lo había azotado en el último tramo del camino y había hecho que el contenido de las alforjas quedara inservible.

Hacía poco tiempo que Lapo había vuelto a Italia después de una larga estancia en los territorios indómitos de América. Los había visitado con ganas de aventuras, incapaz de soportar la cotidianidad, exenta de acontecimientos emocionantes, siempre igual en su monotonía, en la consecución repetitiva de hábitos rurales. En lugar de eso, quería descubrir el mundo como cualquier joven que ambicionaba construirse un futuro mejor que el paterno. Anhelaba sobre todo alejarse de un destino poco estimulante y ya trazado desde su nacimiento. Su padre había entendido lo asfixiante que era para él permanecer entre los estrechos límites de una propiedad agrícola, conectada a los ritmos de la tierra, a las estaciones que se sucedían sin solución de continuidad, mostrándose generoso a la hora de dejarlo marchar al otro lado del océano con su

bendición.

Lapo había explorado solo una parte del inmenso continente y había entrado en contacto con algunas tribus de pieles rojas. Había incluso esperado (¿por qué no?) encontrar fortuna sin planear mucho más. Estaba en Luisiana cuando le había llegado la noticia de que la peste había ocasionado estragos entre sus seres queridos. El dolor había sido amargo e inconsolable. Durante algún tiempo, se había debatido entre aprovechar o no la oportunidad de permanecer en esa tierra extranjera. Después, la nostalgia por su patria había prevalecido y había embarcado.

Había pagado el trayecto en barco a Venecia con la venta de un puñado de pepitas de oro que había recibido de un guerrero piel roja al que le había dado una caja de rapé de plata. Por desgracia, prácticamente se había gastado todas las ganancias. En la Serenísima República de Venecia, desembarcó unos meses después, tras hacer parada en numerosos puertos en los que florecía todo tipo de negocios. Pero ¿qué más daba llegar en enero, en vez de en Navidad? Ya no había ninguna familia que lo esperara para celebrar juntos esas fiestas. Tenía algunos primos segundos en Maremma, si la propagación de la peste no había acabado también con ellos. El único vínculo afectivo que le quedaba era Manfredo Guicci, un amigo que era como un hermano, quien le había comunicado que era el nuevo conde de Monfalco a través de una breve carta cuando había llegado a Venecia.

Permaneció allí una temporada, movido sobre todo por la voluntad de mitigar la pena por quienes ya no estaban, buscando en su interior el valor y la fuerza de poner los pies en una casa desierta e inhóspita. Pero dejarse llevar por las encantadoras damas venecianas y la euforia de las fiestas que se alargaban hasta la salida del sol no había servido de gran cosa. El corazón no dejaba de dolerle. Después, había leído incrédulo la carta con la que Guicci le había informado de que, extinta la rama principal de los Monfalco, el título lo esperaba. Manfredo le recomendaba contactar con el señor Boninsegna, notario encargado de llevar a cabo los trámites de la sucesión, quien lo esperaba en Florencia lo antes posible para proporcionarle más detalles al respecto.

Al volver a la realidad, Lapo miró a Piccarda, que estaba colocando toallas de lino en un arcón a los pies de la cama. Llevaba puesto un vestido violeta cuyo corpiño exhibía la exuberancia de su busto. La falda, ahuecada por el guardainfante, descendía en suaves pliegues hasta la punta de las babuchas. Estaba tan bonita y seductora como siempre.

—Gracias por preocuparos tanto por mí, pero no temáis, tengo la piel dura y no es fácil devolverme al Creador —respondió Lapo—. Benci es impulsivo y nos ha demostrado que debemos guardar la distancia con él, pero asesinarme a sangre fría en nombre de la venganza y ante los ojos de testigos le habría mancillado la reputación definitivamente.

Piccarda vació en un cubo especial las cenizas de las ascuas de las ramas que la tarde anterior le había llevado a Lapo. Llovía sin tregua mientras avanzaba un marzo tan inestable y frío que empujaba a los ciudadanos a seguir los caminos.

—Quizás tengáis razón. Sin embargo, creo que esta vez habría violado las reglas de la caballerosidad.

—Lo juzgáis con demasiada severidad. Nunca habría lanzado el golpe de gracia sobre un rival que ya había caído y no tenía forma de defenderse.

—No os habría perdonado la vida, Lapo, movido por esos celos tan horribles que muestra respecto a mí y no me equivoco.

—Os creo.

—Desde que el pobre Silvestro murió, Castruccio no ha dejado de molestarme para obligarme a casarme con él. He pensado incluso, debo decir, aceptar su propuesta. Aún soy joven y tener un marido en la cama me tentaba. Me han disuadido sus furibundas reprimendas cuando

me aventuraba solo a lanzarle una mirada a otro hombre. Me ha exacerbado tanto que no he querido saber nada más de él.

—Un rechazo que es evidente que aún no ha digerido.

—Lo sé. Nunca habría supuesto que me toparía con Castruccio en la feria de ganado del burgo de Montefioralle. El colmo fue que, además, osase tratarme de ramera por estar con vos.

—Ha sido un despropósito, es cierto.

—Y no se lo perdonaré jamás. No soporto que se crea con derecho a considerarme de su propiedad.

—Está enamorado de vos, Piccarda.

—No es justificación. Esta no es la manera de conquistarme, diablos. Se ha comportado como un animal y un villano.

—Volverá a la carga.

Piccarda frunció los labios, contrariada.

—Y lo volveré a rechazar. Lo pusisteis de inmediato en su lugar, pero no sospechaba vuestra intención de desafiarlo a un duelo.

—Era lo mínimo por haberos humillado, Piccarda.

—Está loco, pero vos también por haber puesto en peligro vuestra seguridad. Habéis heredado un título, lo que implica responsabilidad hacia vuestro linaje.

—¿Os gustaría venir conmigo a Florencia? El palacio de Monfalco estará vacío de una manera desagradable y necesitare a una mujer que dé un poco de emoción a mis días.

—Y a vuestras noches, supongo.

Lapo soltó una carcajada.

—¿Por qué no, después de todo? No debéis rendir cuentas a nadie sobre lo que hacéis o no hacéis. Yo igual...

—¿Me estáis pidiendo matrimonio, querido?

—Si fuese así, ¿qué responderíais?

—Me sentiría halagada, pero sin desear ofenderos y a regañadientes tendría que rechazar vuestra oferta. No puedo tener hijos y vos necesitáis herederos. Además, aunque como marido Silvestro tuviera una mente bastante abierta y me concediera más libertad de la que se niega a otras esposas, las restricciones a las que se ve supeditada una mujer no coinciden con la sensación de independencia que reside en mi interior. La sumisión me asfixia y complacer a un cónyuge es un yugo pesado, de ahí que no vaya a consentir que nadie más limite mi autonomía, por mucho que me atraiga.

—Aun así, podríais venir de visita. Os recibiría con los brazos abiertos.

Ella también se echó a reír, como la mujer ingeniosa que era.

—Una escapada a la ciudad podría hacerla, pero algo me dice que no permaneceréis solo durante mucho tiempo.

—Por ahora no tengo planeado encontrar esposa.

—No lo dudo, pero el destino de cada uno de nosotros es imprevisible y me gustaría evitar interponerme en el camino de una prometida a la que no le guste tener rival.

—Me parece precipitado incluso aludir a esa posibilidad.

—Sois un buen partido, como nuevo conde de Monfalco, y las doncellas os perseguirán, estoy segura.

—Excepto vos.

—No os sirve una mujer estéril que ya se está secando.

—Vamos, Piccarda, estáis tan fresca como una flor que apenas haya brotado.

—Tentar mi vanidad no me impedirá animaros a ocuparos de vuestras tierras. Sois un buen amigo y, para compensaros...

—Soy yo quien está en deuda con vos —dijo Lapo.

—¿Por Castruccio?

—Entre otras cosas.

—No me debéis nada. Os proporcionaré ganado de buena raza para comenzar una crianza que, en poco tiempo, os hará rico —comentó Piccarda.

—Si así lo queréis, os lo agradezco. A decir verdad, no contaba con ser el nuevo conde. No conocía lo más mínimo a estos familiares Monfalco y me siento una especie de usurpador que se aprovecha de las desgracias ajenas.

—¡No me lo puedo creer!

—Si pudiera ceder el palacio y las propiedades para conseguir dinero, lo invertiría en la renovación de los terrenos paternos sin dudarlo. Es obvio que el patrimonio va unido al título.

—Por supuesto.

—Lo que quede del patrimonio, claro. El conde anterior, Lodovico, parece haber gastado las reservas de escudos y me han dicho que en los cofres hay poco más que polvo estancado. Valoraré la situación cuando me asiente en el palacio. Quizás quede algo por vender o pueda ganar lo necesario al alquilarlo. Ya veremos...

—No os olvidéis de que sois un noble y que debéis establecer alianzas con vuestros iguales, incluso para encontrar una mujer que vaya en consonancia con el rango que se os ha concedido. No os precipitéis, Lapo, y cometáis el error de infravalorar detalles de ese estilo. La residencia que habéis heredado representa un marco en el que aumentar vuestro prestigio, aunque lleve años sin usarse.

—Sí, excepto por el guarda que contrató el último conde, ha estado deshabitada.

—Sin duda, será vuestra tarjeta de visita a ojos del mundo y no os faltarán recursos con los que ganaros la vida sin demasiadas preocupaciones, como los terrenos que tenéis en Montalbán. —Piccarda se había sentado en el borde de la cama gigantesca con dosel—. Vuestro territorio limita con el Barco Reale de los Médici, destinado a salvaguardar algunas especies de animales y plantas, además de ser un recinto de caza para los grandes duques de la Toscana. No está mal tener unos vecinos así, si entendéis lo que quiero decir.

—Tenéis razón, Piccarda, siempre es mejor congraciarse con aquellos que ostentan el poder, así que seguiré vuestras ingeniosas recomendaciones.

—Somos amigos y los amigos se ayudan siempre.

—Sí, y, como decía mi sabio padre, en la vida no se debe descartar nada porque tarde o temprano podría servir —respondió Lapo antes de dedicarle una sonrisa de agradecimiento.

2

Para Olivia había sido una bomba enterarse de que se iba a instalar un nuevo conde de Monfalco en el palacio. Había permanecido cerrado durante años, después de la epidemia de peste, dormitando junto a los muebles que se encontraban bajo las sábanas que el polvo, de un fin de año al siguiente, teñía de blanco. Los únicos habitantes, ella y sus padres, habían cuidado de él hasta donde era necesario hacerlo. El padre, Forese, se subía a la escalera de mano para quitar las telarañas del techo, engrasaba las bisagras de las puertas, cortaba el césped y arreglaba los setos del jardín interior, realizando las tareas pertinentes que debía desempeñar y conservando de la mejor manera posible lo que se le había encomendado.

Aunque por fuera ofrecía la imagen de una joven serena, no lograba reprimir el nerviosismo del que era presa al pensar en tener algo que ver con un extraño. Olivia no trabajaba en las dependencias de los Monfalco, aunque como hija del guarda desempeñaba muchas tareas que en el pasado eran competencia de su madre, pero temía la llegada del heredero de palacio.

Olivia suspiró, angustiada. ¿El dueño que se iba a instalar allí dentro de poco expulsaría a Forese en cuanto un chismoso bocazas le susurrara al oído alguno de los rumores que la rodeaban? ¿Dios no había dejado aún de ensañarse con ella? ¿Por qué un Monfalco desconocido, ilocalizable durante años, debía reaparecer justo entonces? Aún no estaba preparada para relacionarse con un hombre, marcada por una experiencia traumática que hasta ese momento condicionaba todo contacto con los demás. Por el día, Olivia mantenía a raya ese tipo de pensamientos, pero, por la noche, como una pesadilla recurrente, se escapaban de la jaula a la que los relegaba, agravando un miedo que dudaba que fuera a ser capaz de derrotar en algún momento. Le habría gustado seguir así, solos ella y su querido padre, en la enorme propiedad florentina, sin intromisiones externas. Se había construido una prisión entre los muros del palacio, era consciente, pero la crueldad del prójimo se había cebado con ella y se defendía aislándose. Después, pensó que había tenido suerte: la Inquisición le había devuelto la libertad mientras que por ahí se decía que el noble Alessandro Martini había sido condenado por el Santo Oficio a pena de cárcel de por vida por la presunta adhesión al movimiento quietista.

Su padre había dicho que se habría dirigido al gran duque Fernando II para obtener su gracia si el Santo Oficio hubiera insistido en mantener recluida a una criatura inocente como era su hija.

El propio gran duque había intervenido en defensa de Galileo Galilei, muerto en enero de aquel 1642. Ferdinando era el sucesor de Cosme II y había encontrado el Estado próspero, las arcas de la familia a rebosar y en los baúles el tesoro de los Médici, constituido por cinco millones de escudos de oro, siete mil reales españoles y gemas suficientes para comprar toda Italia.

La descendencia de los Monfalco imitaba económicamente a la de la dinastía de los Médici.

Lodovico se había deleitado malgastando los bienes heredados, extrayéndolos de los cofres y acabando con toda la renta. El flujo de las ganancias, conseguidas gracias a los alquileres y al sudor de los aparceros que cultivaban sus tierras, se había reducido a la misma velocidad por la hambruna hasta que el desequilibrio se había vuelto insalvable. En resumen, en lugar de incentivar los ingresos, había reducido su riqueza a la nada. Sin pensar en el futuro y sobre todo empujado por una gran angustia, después de una juventud de desenfreno, Lodovico se casó tarde con una doncella de dieciséis años, Arabella, y loco por ella la había cubierto de joyas para que le diera herederos. Así, había nacido Brunetto y después Laura antes de que la peste hiciera borrón y cuenta nueva de todos ellos.

Al oírlo toser, Olivia emergió de sus divagaciones y le lanzó una mirada al señor Boninsegna, prestigioso notario de Florencia, que sorbía despacio el ponche caliente que le había servido. Había ido hasta allí para recibir a Lapo de Monfalco, a quien se le esperaba aquella tarde. Él también parecía inmerso en sus pensamientos.

—Gracias por habernos avisado, señor Boninsegna —comentó—. Lamento que mi padre tarde en llegar a casa, pero esta mañana se ha acordado de que apenas queda madera. Se ha pasado por el carpintero para reservar algunos estéreos.

—No os preocupéis, querida Olivia. Aguardaré la llegada del conde y supongo que, mientras tanto, Forese hará su aparición. ¿Cómo está, por cierto?

—Le pesan los años, igual que los achaques, y todavía hace frío para un anciano que no puede prescindir del calor que emana de un buen fuego.

—El calor de la chimenea se aprecia aún —admitió el señor Boninsegna, entrado también en años. En la vivienda del guarda, compuesta de dos habitaciones cómodas y soleadas que Olivia tenía ordenadas, se estaba bien. Forese se había provisto de una de las estufas al aparato que aprovechaban las brasas y desprendían un calor delicioso.

El notario vivía en las proximidades del puente Santa Trinidad, considerado el más bonito del Renacimiento, y para salir se había ataviado con una gruesa aguadera forrada de pelo que lo protegía de la severidad de las estaciones. Aunque no iba a la moda, prestaba más atención a la practicidad que al cambio de vestuario. No obstante, no le resultaba tan ajeno como para no percatarse de que las gorgueras habían sido sustituidas por cuellos grandes y blancos, abiertos en la parte delantera, que se extendían hasta los hombros. Él mismo los usaba sin desdeñar los jubones que los caballeros lucían en los últimos tiempos, siempre y cuando no presentaran colores extravagantes. Estaba a punto de retomar la conversación cuando lo asaltó el enésimo ataque de tos. Desde los días gélidos de la mirla, a finales de enero, soportaba un resfriado que le constreñía los pulmones a pesar de las constantes cataplasmas de semillas de lino que se aplicaba sobre el pecho dolorido, las repetidas sangrías y los nauseabundos brebajes que le administraba el médico.

—No debéis preocuparos. —La chica titubeó, con la atención fija en el notario. Debido a su baja estatura y la barriga prominente, la aguadera le daba un aspecto más rechoncho a su figura—. Esa molesta tos se os curará con cuidados. Por ejemplo, debéis absteneros de salir los días fríos.

—Tras tomar una bocanada de aire, me siento mejor de ánimo, Olivia.

—Entonces, puedo daros un jarabe balsámico que preparé para mi padre, quien sufrió un resfriado como el vuestro. Aún tengo un frasquito que os ofrezco si queréis aceptarlo. A él le sentó bien.

—Si le ha servido a Forese, seguro que hará milagros conmigo también. Gracias, niña, lo tomaré de buen grado —contestó.

—Voy a cogerlo enseguida.

El hombre asintió y, mientras contemplaba cómo desaparecía en la habitación adyacente, pensó en todo lo que se decía de ella, como que tenía el don de curar a los enfermos, aunque algunos lo consideraban magia. Habían absuelto a Olivia de una acusación de brujería y, durante la investigación, la habían mantenido recluida en el convento de las Murallas para pesar de Forese. El monasterio se encontraba rodeado de una fortificación y era bastante conocido entre los florentinos de alto rango: las jóvenes nobles entraban allí para recibir educación o prometer sus votos. A las monjas se las llamaba «murallas» porque, tras el ingreso de cada novicia, se abría una fisura en el muro para dejarla pasar, que después se cerraba para indicar la total separación del mundo de aquellas que vivían en clausura en su interior. Obviamente había también una entrada normal.

La detención de Olivia había causado una gran angustia a su padre, consciente de que los jueces sometían a su hija a los tormentos de los dolorosos rituales de los interrogatorios. Incluso se había dirigido al obispo para entregarle una suma procedente de los ahorros de toda su vida para que la donaran a la caridad. Forese había implorado al prelado para que intercediera en favor de la joven que, como cualquiera podía testificar, era una devota de Dios. De hecho, el Santísimo Oficio la había considerado inocente y la había soltado, un acontecimiento muy raro, pero en sus muñecas aún se distinguían las señales de los desgarros de la cuerda.

—Aquí tenéis el remedio para esa obstinada tos que os molesta. —Olivia le tendió el frasquito al viejo notario y, tras volver a sentarse en la silla de paja, siguió haciendo punto—. Os lo ruego, hacedme saber si alivia vuestra rinitis y os prepararé otro.

—Esa es mi intención. En cuanto a volver, será un deber simple —dijo vagamente, centrado en los dedos esbeltos de la chica que tejían una suave bufanda marrón, quizás para su padre, que punto tras punto se extendía sobre su regazo. Esa práctica se había convertido en la actividad preferida de sus conciudadanos, pensó el viejo. Se trabajaba el punto en asilos, prisiones, orfanatos e incluso cuarteles.

—Sois muy amable. —Olivia le dedicó una sonrisa que no le iluminó los ojos—. Os honra no haberos dado por vencido a la hora de encontrar al nuevo conde.

—Manfredo Guicci, un amigo mío, ha sido quien me ha confirmado que Lapo di Monfalco estaba sano y salvo, aunque muy lejos del Gran Ducado.

—¿No os importa de verdad que mi padre me haya confiado la tarea de elegir a los sirvientes? El conde podrá verificar por sí mismo la destreza de la cocinera, la lavandera y las dos criadas, pero, cuando las vea manos a la obra, descubrirá que se adaptan a sus exigencias.

—Si las habéis elegido vos, el conde no tendrá de qué preocuparse, Olivia.

—Agradezco la confianza que depositáis en mí.

—Malvina, vuestra madre, os ha enseñado como debía. Por desgracia, hay poco donde elegir. La peste ha diezariado también a los agricultores y, por consiguiente, las rentas. No obstante, Monfalco podrá disfrutar de lo que quede tras los gastos de gestión. Si va corto de escudos, como creo haber intuido, la suma conservada le vendrá bien, en cualquier caso.

—¿Se ha informado al conde de esta escasez de dinero?

—Sí, aunque me gustaría poder presentarle una cifra más considerable. De los escasos ingresos del alquiler se han extraído los gastos de las renovaciones estructurales para evitar su deterioro y he conseguido escudos en las mejores fincas de las pocas ocupadas aún por los agricultores. Ahora se necesita la mano y el ojo de un dueño, ayudado por un granjero que sepa hacer su trabajo.

—Creo que el usufructo será suficiente, a menos que el conde piense lo contrario. —Olivia

hizo una pausa y añadió, avergonzada—: No penséis que es curiosidad, pero, por lo que decís, el conde está soltero, ¿me equivoco?

—No, aunque me imagino que un joven y guapo heredero de un patrimonio y un título no tendrá dificultades para encontrar una esposa pudiente.

—Claro —contestó Olivia—. Quizás ya disponga de un ayudante de cámara que cumpla las exigencias de un solo hombre, por lo que contratar a otros tal vez sea excesivo. Si después quiere organizar fiestas y bailes, se hará —comentó la chica—. He pedido que retiren las telas que cubrían los muebles, que ventilen las habitaciones que ocupaban el conde Lodovico y Arabella y que hagan las camas con ropa recién sacada de la lavandería.

—Habéis hecho milagros, como he constatado tras una rápida inspección. Solo podrá elogiaros por cómo habéis cuidado de la casa. Parece tan acogedora que nadie diría que ha estado deshabitada durante más de una década.

—Es un hogar con alma, señor Boninsegna, y mi padre y yo la queremos como si fuera nuestra —dijo con suavidad la chica, dejando la bufanda en la mesa—. ¿Estáis seguros de que el conde llegará hoy?

—Me ha garantizado que así será. —El notario posó también la copa vacía y se pasó la mano por la frente llena de entradas. Había tomado con gusto la bebida especiada y endulzada con miel que ella le había servido, hospitalaria como una dama refinada. Desde que Malvina, la mujer de Forese, había muerto por un ataque tan letal de fiebres tercianas que ni siquiera las hierbas de su hija habían podido salvarla. Olivia se había encargado de manera espontánea de todas las tareas maternas para servir de consuelo al padre—. Lapo se ha escapado de la peste porque estaba lejos, único superviviente de una rama de cadete cuyo progenitor era Arnolfo, iniciada por Baccio, tío abuelo de Riccardo de Monfalco.

—¿Y el resto de los primos? Me refiero a Gherardo y Lucrezia.

—Él va antes que ellos. Los dos han venido varias veces a reivindicar una prioridad inexistente sobre los derechos de sucesión, derechos que la beligerante Lucrezia ejercería en nombre del hermano. Les he repetido de manera paciente que solo tras una prueba irrefutable de que Lapo había fallecido, es decir, un certificado de muerte, se consideraría sucesor a Gherardo.

—Entonces, ¿Lapo es heredero del título por línea directa?

—Sí, y os digo en confianza que, dada la imposibilidad de encontrarlo de uno u otro modo, he estado a punto de rendirme. Sin embargo, Lapo ha vuelto antes de que me resignara a contar con Gherardo, por el que no siento mucha simpatía. Admito, respecto al nuevo conde, que la actual escasez es poco atrayente para un Monfalco, pero que bastará ponerse manos a la obra para recuperar el bienestar y conferirle un prestigio extra a su ilustre dinastía. Eso sí, solo si el joven tiene la cabeza sobre los hombros y bien amueblada, característica común de sus antepasados, así como los mismos arrestos audaces.

—Además, debería contraer un sólido matrimonio —anunció Olivia.

—Quizás tenga otros proyectos. —El señor Boninsegna se acarició los pulgares deformados por el reumatismo. Sostener la pluma cuando debía redactar los documentos era una carga cada vez mayor—. Hemos intercambiado algunas cartas y, por la forma en la que ha reaccionado a la noticia de que había heredado las arcas vacías, no me ha parecido que le entusiasmara demasiado la idea de plantar raíces de forma definitiva en Florencia por tan pequeña cantidad. —Se alisó, perplejo, la barba canosa—. Es extraño, siendo el último descendiente de una estirpe que ha sufrido una decadencia notable económicamente. Antes de adquirir el rango de nobles eran comerciantes, pero *pecunia non olet*. La opulencia extraída del próspero comercio de la lana y la seda era algo común en la Toscana, aunque se redujo bastante en los tiempos de Lorenzo el

Magnífico. El padre de Lapo era rico, en la medida que puede serlo quien saca provecho de una finca campestre que produce prosperidad si se cultiva de la mejor manera posible y se explota bien.

—En verdad es raro que el conde no aprecie la buena suerte que ha tenido. Quién sabe cuántos habrían querido estar en su lugar.

—Gherardo, por ejemplo.

—Exacto.

—Tal vez el blasón incluya una responsabilidad que se niegue a asumir, como casarse sin eludir el fin de asegurarse un heredero Monfalco. Es un espíritu libre que se ha aventurado incluso entre los paganos de América.

—Después de todo, ¿no ha sido eso lo que le ha permitido escapar de una peste que ha acabado con tantas vidas? Además, tiene el privilegio de haber nacido hombre, mientras que otros que han sobrevivido no tienen lo que hace falta para reivindicar el título y el patrimonio de su propio linaje.

—Os referís a la pequeña Adelaide, supongo, huérfana de Umberto y Marianna de Monfalco, que tiene el inconveniente de ser una mujer y cuyo tío ha acogido en su casa de Fiesole, ¿verdad?

—Sí, de hecho, a ella me refería.

Al señor Boninsegna siempre le sorprendía en el buen sentido la distinción de Olivia, aunque su severidad exterior iba más en consonancia con una monja que con una joven tan culta y atractiva. Le había asombrado enterarse, cuando Forese había hecho el testamento, legando todos los bienes a su hija, que había sido una niña abandonada.

Años atrás, Forese y Malvina, habituales en la primera misa de la mañana, habían encontrado un bultito en una esquina de la basílica de San Lorenzo. Como se movía, creyeron que contenía una camada de cachorros abandonados al buen corazón de los fieles, pero envuelta entre los paños se hallaba una recién nacida aterida que gimoteaba sin fuerzas. Tras habérsele negado la alegría de tener una criatura a partir de su amor recíproco, el matrimonio se la llevó a casa para que no se congelase antes de bautizarla y considerar a Olivia su auténtica hija.

Forese no era analfabeto y había enseñado a la niña a leer y escribir, pero ella había descubierto por sí misma el encanto de los libros y un lugar aún más mágico, la surtida biblioteca Monfalco. Allí se dirigía cada vez que eludía la vigilancia de sus padres y, uno a uno, los antiguos volúmenes habían ampliado los horizontes de una mente ávida de aprendizaje. Aquello la volvía una mujer extraña porque ¿qué diablos hacía una joven instruida?, pensó el notario, observando su figura esbelta mientras entreabría las ventanas para que pasara el sol primaveral.

Cuando se giró, la luz del mediodía le salpicó el cabello de reflejos cobrizos, allí donde no los cubría la cofia blanca. El sobrio uniforme negro no hacía ninguna concesión a la frialdad, pero Olivia parecía preferir el recatado vestuario adoptado por los puritanos ingleses, mitigado por el largo e inmaculado cuello de encaje que iluminaba el rostro sobre el que destacaban unos claros ojos grises, ojos que podrían robar el alma de un hombre antes de que él pudiera hacer nada. Sin embargo, no tenía pretendientes. Es probable que por devoción filial se hubiera dedicado al padre, cuidando de él con un admirable sentido del deber. En detrimento de ella misma, se negaba cualquier vínculo sentimental para permanecer al lado de Forese, quien sentía un gran cariño hacia su hija.

—Eh... perdonen la interrupción, pero llevo mucho tiempo golpeando la aldaba sin que el guarda venga a ver quién ha llegado. Entonces, me he dado cuenta de que el portón no estaba cerrado con llave y, dado que esta debería ser mi casa, me he tomado la libertad de entrar.

Las miradas de la joven y del señor Boninsegna convergieron en el hombre que había

hablado, quien había aparecido de repente a sus espaldas. Tenía unos treinta años y el cabello suelto, que recordaba a la melena de un león, de un cálido castaño dorado, que le llegaba al borde de la corta capa española que llevaba puesta. El rostro, con una sonrisa un poco ladeada, era amigable e inspiraba simpatía, con una nariz esbelta y aguileña como la de todos los Monfalco y unos ojos oscuros que desprendían un brillo divertido. Llevaba un sombrero de fieltro de ala ancha con una pluma. Las calzas verdes estaban rematadas con elegantes perneras abombadas hasta las botas con solapa que caía en varios pliegues sobre las pantorrillas, acompañadas de espuelas brillantes. El cinturón del que colgaba la espada remataba el conjunto.

—¿Sois Lapo de Monfalco? —Fue el notario, que se había levantado de la silla, quien rompió el silencio que había invadido la estancia tras la aparición del caballero.

—En persona. Supongo que vos sois el señor Boninsegna.

—¡Para serviros! —Hizo una reverencia de manera respetuosa, con lo que le crujieron las articulaciones. Al notar que la atención del conde se centraba en la joven a su lado, añadió—: Esta es Olivia, la hija de Forese Peruzzi, el guarda, que debe estar al llegar tras ir a hacer un recado.

—Mis respetos, señorita. —Llevó a cabo una reverencia caballerosa, acompañada de un elaborado movimiento del sombrero que hizo vibrar la pluma.

—Bienvenido, excelencia. —Olivia se sonrojó al sentirse estudiada por ese par de ojos que parecían dotados de un fuerte magnetismo.

—Señor Boninsegna —prosiguió él—, aprovecho que estáis aquí para que me expliquéis un extraño suceso: cuando he conducido a mis dos monturas a las caballerizas, no había mozos de cuadra.

—Excelencia, mi padre y yo no tenemos caballos...

—Caramba, ¡es cierto! —exclamó él, consternado—. Perdonadme.

La joven enrojeció aún más bajo la intensa mirada del conde. Nadie la había contemplado así hasta ese momento. De forma penetrante, como si esos ojos quisieran traspasar la superficie, descubrir su esencia más íntima, incluso el alma. Olivia sintió una extraña sensación cálida que intentó no dejar entrever.

—¿Por qué pedís perdón? ¿Cómo ibais a saberlo? Entenderéis que contratar los servicios de un mozo de cuadra representaba un verdadero malgasto de escudos, pero, si ahora es de utilidad, no nos causaría ni pena ni eufo...

—Por ahora, quizás pueda arreglarme. —Lapo no pudo reprimir una sonrisa. La frase le había sonado a «a ufo», una expresión que utilizaban los florentinos para indicar que se comía a costa de los demás. Se remontaba al 1300 cuando comenzaron las obras del Duomo de Florencia. Las materias primas necesarias para la construcción, como la madera, el hierro, el mármol y todo lo destinado a la obra de la catedral de Santa María del Fiore, estaban exentas de tasas, *Ad Usum Florentinae Operae*, que era la indicación estampada en las mercancías, abreviada como «U. F. O.».

—Si lo necesitáis, se os proporcionará. Sois el dueño y bastará con que ordenéis algo para que obedezcamos —afirmó Olivia, esforzándose por reprimir la inexplicable emoción que le provocaba la presencia del nuevo conde. Por otro lado, desprendía una afabilidad tan franca como informal—. Pero estaréis acalorados por el viaje. ¿Os apetece algo de beber?

—¿Por qué no? Un sorbo de vino me limpiará el polvo de la garganta, por lo que lo acepto. Además, hay otro asunto del que quiero hablaros.

—Lo que digáis, excelencia.

—Piccarda Rinuccini, quien me ha hospedado en los últimos días, me ha dado un precioso

perro perdiguero que ahora mismo está explorando el patio. Es un animal dócil, obediente y tranquilo. Basta con que le consigamos una caseta, comida y un cuenco con agua para beber. Lo he llamado Bischero, ya sabéis, «astuto», porque, antes de aceptar mi amistad, me ha contemplado durante largo tiempo, seguro que preguntándose si era oportuno fiarse de un servidor. —Se echó a reír, divertido—. Pero lo he conquistado con manjares y ahora me sigue como una sombra.

—Enseguida me encargo —contestó Olivia—. Por favor, poneos cómodo.

—En esta mansión señorial, os encontraréis a gusto, conde. Además, Olivia ha contratado a personal doméstico —intervino el notario.

—El palacio dispone también de un gran jardín, según he visto, y la caseta de Bischero podría colocarse en una esquina resguardada. —Lapo aceptó la copa de vino que Olivia le tendió y le dio las gracias con un gesto—. En cuanto tome posesión de mis aposentos, me gustaría darme una necesaria ducha, si no os importa hacer que me preparen una bañera en la que poder sumergirme y lavarme.

—El honor de acompañarle a la habitación principal será de mi padre cuando haya vuelto. —Ella seguía tratando de controlar su inusual agitación y se esforzaba para articular las frases—. En los próximos días, os enseñaré el interior del edificio, excelencia.

—Más que encantado.

—Cuando os adaptéis, os mostraré las casas de los lugareños.

—Os lo agradezco. —Le dedicó una mirada de gratitud.

Justo entonces llegó Forese con la espalda un poco encorvada. Se detuvo en el umbral al divisar a los visitantes. Llevaba un ferreruelo, una amplia capa con solapa, sin mangas, larga hasta las rodillas, que se ponía fuera de casa, sobre la ropa, para protegerse del frío. Les dirigió un respetuoso saludo al notario y al desconocido, entrecerrando los ojos de párpados caídos mientras escudriñaba a Lapo. Había intuido su identidad por descarte y lo saludó con una sobria reverencia.

—Bienvenido, señor mío —le dijo—. Quedo a vuestra disposición.

—Gracias, debéis ser el guarda y... —Lapo se interrumpió al oír el correteo de pasos en el piso superior, seguido de unas risas. De la ventana que daba al patio exterior surgieron los ladridos de Bischero.

—¿El perro es vuestro, excelencia? —quiso saber Forese.

—Sí, es Bischero, pero ¿hay alguien más en el palacio?

—Además de nosotros y las criadas, que os están preparando una cena deliciosa, solo Isotta, que le da la bienvenida al nuevo conde de Monfalco.

—¿Quién es?

—El fantasma de una antepasada vuestra que se mató tirándose de la torre. Fue la primera mujer de Riccardo de Monfalco, quien se había casado con ella por la dote, pero no la amaba —le explicó el señor Boninsegna—. Decepcionada por el cinismo de su consorte, prefirió lanzarse y quitarse la vida. Desde hace siglos, vaga entre estos muros sin encontrar la paz, aunque nadie la ha visto nunca.

La cara de estupefacción del conde, al tanto de las inquietantes manifestaciones espectrales de la primera mujer del hostil Riccardo, hizo que no fuera necesaria ninguna explicación más por parte de Olivia.

3

A Lapo le parecía que realmente era una casa preciosa de tres plantas, con una torre que proyectaba su sombra sobre el jardín interior. El palacio parecía haber soportado el paso de los siglos de manera excelente, casi haciendo alarde de su construcción en piedra y mampostería, elegante, pero sólida. El portón rivalizaba con el de las iglesias gracias a sus artísticas vidrieras, que representaban el escudo de la familia: un halcón con una rosa en el pico, un lirio blanco en las garras y el apellido Monfalco grabado. El zaguán se abría a los visitantes con una majestuosidad clásica, desembocando en una corte engalanada con estatuas y plantas. A la derecha se extendía la parte del edificio más reciente, con una entrada arqueada que daba acceso al atrio y a la escalera que serpenteaba, sinuosa, hacia la parte superior.

La galería interna que conectaba el ala este con la oeste, la parte más antigua, se encontraba en la primera planta y en sus paredes se podían admirar los retratos de los antepasados. Según se ascendía, aparecían unos amplios balcones y un entresuelo lleno de esculturas y verdes palmeras en maceteros que conferían una atmósfera íntima a una casa decorada de forma artística y sofisticada por cada inquilino anterior, gracias en parte a los preciados adornos pictóricos llevados a cabo, entre otros, por Piero della Francesca y Domenico Ghirlandaio.

Lapo se sentía estupefacto por la sucesión de habitaciones, salas de estar y salones que llevaban la marca personal de los pasados condes de Monfalco, quienes, según la época, habían adoptado estilos y manifestaciones distintas. Los suelos eran de madera y mármol, pero en algunas habitaciones todavía se veía el ladrillo toscano con la superficie lisa y brillante de precioso color rojo. Los techos, casi todos de paneles de madera, presentaban pinturas descoloridas rodeadas de guirnaldas de estuco y reproducciones de personajes y escenas de la mitología. Las paredes estaban forradas de seda, damasco y cuero dorado, con espejos ladeados y cuadros con marcos de madera tallada.

Forese le había contado que los lansquenets, durante el despiadado saqueo de Roma, habían arrasado con los muebles de valor. Se había salvado lo que no era fácil de transportar y los Monfalco habían decorado las estancias con muebles modernos, mezclándolos con enormes mesas antiguas de patas grabadas, sofás y sillones con estructura dorada, incluso con formas excesivamente elaboradas, así como tocadores, candelabros de plata y de cristal de Murano, adornos de ébano y preciada cerámica de Montelupo. En las paredes colgaban cortinas que, al cerrarlas, excluían todo aquello que se encontraba más allá de los límites de un mundo lujoso y privilegiado, inaccesible para la mayoría.

La calefacción se obtenía a través de chimeneas y braseros. Cada objeto emitía el aura de un antiguo y prestigioso legado familiar consolidado en el tiempo, que ni siquiera la ruina económica había conseguido mitigar. Digno marco de la estirpe a la que pertenecía, se asomaba

sobre la *via* del Crociato (calle del Cruzado), que hacía referencia al padre del linaje de los Monfalco.

Olivia, como Virgilio con Dante, lo había acompañado en aquel trayecto para que descubriera sus raíces y la residencia heredada, lo que a Lapo le había resultado muy agradable. ¡No es que tuviera reservas sobre el guarda! Igual que un amante celoso, había protegido de nuevos daños los tesoros de esa maravilla que era el palacio, pero ella...

Bueno, Olivia era harina de otro costal. Se había sentido atraído de inmediato, eclipsando con una belleza basada en la simplicidad y la frescura a cualquier dama que hubiera seducido antes. Admitía no haber tenido que hacer demasiados esfuerzos para obtener favores de aquellas a las que había cortejado, pero nunca se había involucrado en aventuras sentimentales solo por el deseo de conquista. Olivia daba la impresión de encerrar en su interior una personalidad más compleja que la que exhibía en el exterior. Lo desconcertaba su actitud defensiva, casi como si conviviese con temores que la llevaran a ocultarse en sí misma.

¿De qué tendría miedo? ¿Y por qué, si trataba de establecer una relación menos formal, de repente se volvía esquiva? No era demasiado joven, veinte años o un poco más, pero le gustaba esa elegancia sin imperfecciones, esa belleza también interior que rehuía de adornos inútiles. Lapo habría jurado que en ella se ocultaba una pasión latente que esperaba solo una chispa de deseo para poder manifestarse. La voz, cálida y dulce, era música para sus oídos y la habría escuchado durante horas, pero era la boca, suave y rosada, la que daba cuerpo a las frases que pronunciaba, atrayendo toda su atención.

Más que admirar las efigies de los antepasados expuestos en las salas, su mente divagaba hacia Olivia, imaginándola con un suntuoso vestido de terciopelo azul oscuro, con un audaz escote, el cabello largo y espeso de color castaño caído sobre los hombros, más que avergonzados de la insulsa cofia de colegiala. También la veía con un magnífico vestido amarillo azafrán... ¡Estaría espléndida!

En cuanto a las palabras, no salía ni una más de las necesarias de aquellos labios que se imaginaba besando. Le había contado, entre anécdotas, que se murmuraba que el palacio estaba lleno de fantasmas, entre los que se encontraba la inquietante Isotta, esposa del malvado Riccardo de Monfalco, que se había matado al dejarse caer de la torre. Habían visto el retrato, una doncella de piel blanca y rizos rubios pintada por Ghirlandaio, con una sonrisa que no le iluminaba los ojos.

Dejando a un lado los espíritus deambulantes, corría el rumor de que Arabella había sido una astuta envenenadora y que, para casarse con Lodovico de Monfalco, se había liberado sin demasiados escrúpulos del primer marido con una sustancia tóxica que no dejaba huella. En Venecia, a Lapo le había llegado la historia de una mujer que se había enriquecido con la venta de una poción venenosa llamada «agua tofana», un brebaje que eliminaba rápidamente y de manera definitiva a los maridos considerados indeseables por sus consortes. Tal vez Arabella había conseguido la mezcla, pero Forese aseguraba que ella no había hecho nada. Sin duda era fría y coqueta, consciente de que su belleza atraía muchas miradas masculinas, una admiración que había alimentado su vanidad, pero que sus pecados terminaban ahí y que solo las calumnias la mostraban como una asesina. El único misterio que flotaba sobre la última condesa era la desaparición de las maravillosas joyas elaboradas por los maestros orfebres de Arezzo que su marido le había regalado.

Lapo provenía de una nobleza campestre y nunca se habría imaginado el lujo de sus primos de la ciudad. Su padre, un modesto barón, había vivido de los productos de la tierra: olivos, viñedos, ganado... Por desgracia, durante los años que había pasado en el extranjero la finca se

había vuelto silvestre y la casa había caído en ruinas. Al visitar Castelfranco, movido por la nostalgia, la consternación había sido tal que había rechinado los dientes ante el techo derruido y los escombros de la casa de su infancia. Un agricultor le había hablado de las repetidas ocupaciones de bandidos y de un incendio que había causado un desastre.

La visión de sus hermanos más pequeños mientras jugaban y de su madre entre las flores plantadas por ella misma en el jardín le vino a la mente con un lamento profundo por haber perdido a toda su familia. Su padre era un tipo con un físico robusto y a Lapo le bastaba con cerrar los ojos para volver a verlo atravesar el campo soleado a caballo, recto sobre la silla, saludado por sus jornaleros con el respeto que merecía. Con un suspiro, se obligó a resurgir de los recuerdos que agravaban su tristeza.

Había ido a Florencia con la intención de ver los objetos preciosos que había heredado. Las rentas eran irrisorias y, para encontrar una mujer rica, debía demostrar que él también lo era. Sin embargo, no había previsto la fascinación que le causaría el palacio. Los Monfalco habían protegido las tradiciones que se habían empeñado en transmitir sus antepasados y Lapo estaba asimilando su importancia a través de Olivia, que le contaba historias fascinantes sobre sus ancestros.

Sabía que, como primogénito, tendría que reemplazar a su padre y habría querido volverse digno de suceder a un hombre honorable con algo que estuviera ante los ojos de todos, ser un ejemplo, un sueño que había ardido con su antigua vida. Sin embargo, ahora era el conde de Monfalco y deseaba volverse merecedor del título, aportándole un esplendor adicional al linaje, comportándose con honestidad para honrar los principios que sus queridos padres le habían inculcado. Así habría querido cuidar de la tierra y de quienes la cultivaban. Además, siempre había deseado una esposa a su lado con quien enfrentarse a ese desafío, una mujer que lo recibiera con una sonrisa al llegar a casa e iluminara cada día con su existencia.

Descubrir ese tesoro escondido al que Olivia había aludido antes habría sido una maravilla. En el pasado, un Monfalco había hecho tirar la pared de una de las salas de palacio, convencido de que había un compartimento secreto, pero no había encontrado nada. La información relativa al tesoro se encontraba en las notas de Ascanio, un antepasado lejano que había amasado una fortuna con el comercio en el mercado oriental y que, con las riquezas saqueadas a Constantinopla por parte del cruzado Lanfranco, padre del linaje, podría financiar una guerra. Se había visto obligado a huir de Florencia con su familia al estallar la epidemia de peste negra y no había vuelto porque la enfermedad lo había seguido, contagiando a todos. En esa época, los Monfalco sufrían la crisis económica que había golpeado a muchas familias de banqueros por haber financiado al insolvente Eduardo III de Inglaterra. Parecía que los Monfalco también se habían aventurado a prestarle dinero y los riesgos habían resultado ser superiores a los beneficios. En el transcurso de los siglos, todos los Monfalco habían buscado el famoso tesoro, en vano.

—*Bucaiolì, c'è le paste!* —gritó alguien en el exterior.

Lapo se acercó a la ventana. Los *bucaiolì* eran los encargados de los *buche* (literalmente, «hoyos»), refiriéndose a los puestos del mercado de San Lorenzo que se encontraban en un nivel inferior a la calle. A la hora de comer, pasaban carros con viandas y los conductores los llamaban con ese grito. Se observaba el típico ir y venir de los transeúntes y lacayos que entregaban las mercancías en toda la ciudad a aquellos que podían pagar sus servicios. Las tiendas artesanas atraían a los clientes con sus letreros: gorros o boinas para indicar a los sombrereros; tijeras para los sastres; serpientes para los farmacéuticos; brazos ensangrentados para los sangradores, y turcos con pipa para los tabaqueros. Había algunos extraños como el de un barbero con la

inscripción: «Aquí se castran cantores para las capillas papales». Los productos alimenticios se vendían por las calles: pan, patatas cocidas, pollos, pescado frito y pasteles de carne.

Lapo se percató en ese momento de una silla de manos que se detenía ante el portón de palacio. La escoltaba un jinete sobre un magnífico caballo y la gente se acercaba con curiosidad. Un sirviente corrió la cortina y ayudó a la elegante dama de su interior a descender antes de golpear la aldaba para anunciar la llegada de todos ellos. Apresurándose a salir de la sala de estar verde, se preguntó quiénes serían los visitantes. Había estado ausente del Gran Ducado durante años y, aparte de Manfredo Guicci y alguna persona más, no creía tener a ningún conocido en Florencia. Se cruzó con Olivia en las escaleras de caracol que llevaban a las plantas inferiores.

—¿Tenemos huéspedes?

—Sí, vuestros primos, Lucrezia y Gherardo de Monfalco.

Lapo sonrió.

—Os confieso que conocer a mis familiares me provoca una sensación de pertenencia que dudaba que volviera a experimentar. Tal vez porque me he quedado solo... —dijo con la mirada fija en el movimiento de cadera de la chica que lo precedía en las escaleras. El vestido negro se le adhería a la figura esbelta, por lo que dejaba entrever las curvas como un boceto hecho con tinta. Por extraño que pareciera, la sobriedad de Olivia tenía el efecto contrario al que pretendía, ya que la volvía más intrigante que si luciera prendas libertinas.

—No es vuestro afecto lo que vienen a buscar, excelencia. Os recomiendo que no bajéis la guardia con ellos.

Su enigmática contestación lo sorprendió, pero, antes de poder preguntar, en el vestíbulo resonó la voz aflautada de la recién llegada. Le salió al encuentro mientras Olivia se retiraba.

—Bienvenida, prima Lucrezia —la saludó con una reverencia.

—Querido mío, ¡qué bien conoceros en persona! —Sus ojos penetrantes se detuvieron en cada detalle de Lapo, desde el jubón de fustán a las botas de cuero. Era alto y más viril de lo que se había imaginado, con la presencia física de un hombre de acción. La curva de la boca le hizo comprender que no era un tipo maleable. Lucrezia se recordó no volver a infravalorarlo. El instinto le decía que habría podido lamentarse si lo hubiera hecho—. Tanto Gherardo como yo lo sentimos al enterarnos del fallecimiento de vuestros seres queridos. ¡Qué terrible tragedia perder a los que amamos!

—Sí, así ha sido —admitió él. En su tono se entreveía la desolación de un trauma afectivo que aún no había asimilado y quizás no desapareciera jamás.

—Lo entiendo. —Lucrezia le dedicó una sonrisa cálida.

—Ya me imagino.

—Nadie puede entenderos tanto como yo. También nuestros padres fallecieron de forma precoz, por desgracia. Pero ¡basta de tristeza, primo! Sois el nuevo conde de Monfalco y, además de daros nuestra enhorabuena, es un honor renovar los vínculos de sangre que nos unen —prosiguió ella, que exhibía un sombrero de pluma de ala ancha y un vestido rojo rubí sobre un guardainfante. Las botas de puntera cuadrada estaban adornadas con una hebilla de plata.

—Gracias, Lucrezia, lo aprecio.

—Desde que el señor Boninsegna nos informó de que os había encontrado y que pronto tomaríais posesión de la casa, estábamos impacientes por veros llegar a Florencia para instaurar una relación familiar con vos.

—Será un placer, prima. —Le besó la mano a la incomparable dama de cabellera color negro azabache y ojos azules. El rostro tenía esa elegancia femenina que hechizaba a los hombres y a Lucrezia no debían faltarle pretendientes. Centró la atención en su hermano, Gherardo, que se

encontraba a un lado y cuyo perfil aguileño de belleza arrogante estaba enmarcado por una oscura melena rizada que resaltaba la claridad azul de sus iris.

—Bienvenido a la ciudad, primo. —Gherardo hizo una pequeña reverencia antes de desviar la mirada rápidamente con la aparente intención de examinar con interés las obras de arte que embellecían la amplia entrada en la que se encontraban.

A Lapo le pareció percibir de manera fugaz un brillo hostil en sus ojos, pero no estaba seguro. Aun así, antes de que pudiera asimilar la extraña reacción de Gherardo, Lucrezia intervino de nuevo.

—En realidad, primo, os lo agradeceríamos si pudierais ofrecernos hospedaje.

—¿Hospedaje?

—Durante un breve período, claro. Mi hermano y yo estamos enterrados en invitaciones de amigos nobles que han organizado fiestas de primavera, incluso una recepción en el palacio de los Médici en la *via* Larga. Nos resultaría incómodo ir y venir desde la casa de campo a Florencia. En el pasado, teníamos una casa en los alrededores del Ponte Nuovo, pero, tras huir por la peste, a nuestra madre se le debilitaron los pulmones y la vendimos para establecernos de manera permanente en Cafaggiolo. Esta finca limita con la de los Medici, ¿sabéis? Sin embargo, si creéis inoportuno tenernos por aquí las próximas semanas, buscaremos refugio entre nuestros conocidos de la ciudad. Alguno estará más que encantado de acogernos una temporada a Gherardo y a mí.

—En el palacio de Monfalco hay espacio para un par de familiares y mucho más, Lucrezia, así que podéis alojaros aquí —aceptó él.

—Gracias, Lapo de Monfalco.

—¿Por qué? Hay habitaciones y espacio de sobra. —La inesperada compañía de sus primos no le desagradaba. Después de todo, pensó Manfredo, vivía en una finca enorme y apenas saldría más allá de sus muros, por lo que la presencia de Lucrezia y Gherardo llegaba en el mejor momento. Aquello le permitía no solo mejorar su relación, sino instaurar vínculos cordiales con familiares tan amables que se habían presentado resueltamente por voluntad propia. Lapo habría querido conocer también a Adelaide de Monfalco, pero la niña vivía alejada en casa de su tío y por el momento había renunciado.

—Yo también os doy las gracias, Lapo —intervino Gherardo con una sonrisa que se reservaba a los extraños, al contrario de la de su hermana, más amplia.

—De nada, ¡por supuesto! Sin embargo, no veo que os acompañe equipaje ni más sirvientes que el que antes ha anunciado vuestra llegada.

—Nanni es el ayudante de cámara de Gherardo y se desplaza siempre con nosotros. En cuanto a los criados, no queríamos abusar de vuestra posible hospitalidad, por lo que nos contentaremos con aquellos que estén a vuestro servicio. —Lucrezia guiñó un ojo en su dirección de forma coqueta—. No era nuestra intención causaros más molestias de las necesarias, creando el caos en el palacio de Monfalco con multitud de sirvientes. Los baúles viajan en un carruaje conducido por uno de nuestros campesinos, quien volverá a Cafaggiolo en cuanto los descargue.

—Entonces, haré que os asignen las habitaciones que ocuparéis durante vuestra temporada en la ciudad para que os podáis refrescar antes de sentaros a la mesa, ya que la comida será servida en media hora.

—Sois un primo muy amable, Lapo, debo deciros —murmuró la mujer con los ojos brillantes como zafiros—. Gherardo y yo apreciamos vuestra generosidad y sabremos recompensaros.

—No me debéis nada, prima Lucrezia. —Terminó el asunto con un gesto firme que la

empujó a abrazarlo.

4

Concluidas sus oraciones matinales, el cardenal Alemanno Spinoni se dirigió a su escritorio, pero, al pasar ante el espejo colgado en la pared, se detuvo por instinto y se miró durante unos segundos. Vio a un viejo con el cabello canoso y el rostro marcado por una salud deteriorada. Pensó para sí que el rojo púrpura de los vestidos sacros que llevaba puestos expresaba mejor que cualquier otra prenda la vergüenza con la que convivía desde hacía mucho tiempo. El descontento le curvó hacia abajo las comisuras de sus delgados labios. Nada tenía que ver que tuviera los días contados ni que hubiera perdido la brillantez intelectual que había compensado la escasa fascinación que provocaba su aspecto. Ni siquiera le había importado de joven no ser un adonis. Era un detalle en el que no habían reparado las mujeres, quienes lo habían halagado a pesar de su perfil afilado y la barbilla pronunciada. Les atraía la personalidad y el poder, no lo demás.

Dios no habría podido absolver los pecados que le pesaban sobre el alma, aunque, desde hacía años, como devoto siervo del Altísimo, buscaba expiarlos, actuando según su conciencia y por el bien de los demás: se dirigía al prójimo para encontrar consuelo y ayuda en aquellos que lo consideraban un distinguido representante de la Iglesia. Ah, sí, estaba casi preparado para el adiós final de la vida terrenal, consciente de que se aproximaba con cada golpe de tos que le constreñía el pecho. Incluso había escrito ya el testamento con sus últimas voluntades. Alemanno había gastado cantidades ingentes en reliquias antiguas y obras de arte, pero sobre todo en la recopilación de libros para su biblioteca privada. Ahora, más que inquietarse por verse obligado a separarse de un patrimonio cultural que constituía motivo de orgullo, advertía en su interior la necesidad urgente de cumplir con una obligación moral. Tal vez absolverlo le permitiría redimir sus errores y recuperar la estima por sí mismo antes de presentarse ante el juez divino. Había tomado la decisión de manera irrevocable y ni siquiera Bianca, su querida hermana, que lo desaprobaba, lo empujaría a desistir.

Justo en ese momento, la figura de esta última, sin avisar como de costumbre, se delineó en el umbral del estudio antes de pasar con la habitual expresión de angustia que a Alemanno le provocaba una horrible molestia. La fealdad era típica de los Spinoni y ella no era distinta. Pequeña, con movimientos rígidos, la mandíbula tensa y el cabello rebelde, Bianca tenía la virtud de vestir con una simplicidad monacal, sin ostentar joyas brillantes y valiosas en una época en la que también los hombres se adornaban en la misma medida que las damas. Solo sus ojos eran bonitos, con gruesas pestañas que hacían resaltar su color ámbar, pero que no lograban mitigar la mediocridad física.

—Deberías estar bajo la colcha, hermano mío —lo regañó con una mueca, aunque en tono afectuoso.

—Debería, pero tengo muchas cosas que hacer y no pretendo languidecer tras el dosel de una cama que en poco tiempo no podré abandonar.

—¿Muchas cosas? Puedo hacerlas por ti —le ofreció la mujer.

—¿De verdad irías a su casa por mí, Bianca?

Su hermana se puso rígida y explotó con una negación llena de indignación:

—¡Jamás!

—Claro, ¿por qué deberías? Qué iluso he sido al pensarlo.

—Estás tan obsesionado con esa bruja que te has expuesto ante los inquisidores para exonerarla de las acusaciones que yo misma había hecho, salvándola de la hoguera. Eres un religioso importante, Alemanno, y siempre te reprocharé que hayas hecho de abogado defensor para ella.

El cardenal no se inmutó ante la lividez amarga de Bianca, un rencor que no parecía disminuir. Se hundió en el sillón de terciopelo escarlata y posó las manos delgadas sobre los reposabrazos tallados.

—No pensabas lo mismo cuando ordenaste a tus sirvientes que fueran a llamarla.

—Admito que fue un error del que me arrepiento, Alemanno.

—Querías que te ayudase a quedarte embarazada.

—Lo dices como si hubiera hecho algo reprochable. No tenía elección, dadas mis ganas de procurarle un heredero a Aloisio, el querido esposo que la suerte ha deseado concederme. —Se interrumpió, inmersa en la angustia. Era incapaz de resignarse a aceptar su esterilidad, afligida hasta la obsesión por ese vientre infecundo que le negaba un hijo.

—Has sido tú quien ha implicado a esa joven, no lo olvides.

—Estaba dispuesta a todo para darle un heredero a mi cónyuge, incluso utilizar a una hechicera. El médico, Mastro Piero, aseguraba que mi útero no daría jamás frutos, pero me negué a darme por vencida... Confiaba de veras en que ella podría volverlo fértil con la imposición de manos y el uso de hierbas con las que prepara todo tipo de remedios.

—Y fue a ayudarte sin pedir a cambio una recompensa, pero, en lugar de reconocer sus esfuerzos, atacas con un rencor injusto a alguien que te ofreció su generosidad. No dependía de ella que los extractos de las plantas medicinales que te preparó fueran ineficaces al final para lograr el milagro que deseabas.

—No solo se trata de eso. Mi resentimiento procede del nuevo malestar posterior que me provocó.

—No puedes acusarla sin estar segura.

—Sí que puedo. Tras la llegada de esa bruja, mi regla mensual ha cesado por completo, Alemanno, y con eso, ya lo sabes, se han desvanecido mis últimas esperanzas de ser madre.

—Mastro Piero te ha repetido muchas veces que no ha sido la curandera.

—Ese búho flaco afirma que se trata de una menopausia precoz, pero estoy convencida de que es culpa de la bruja. Me ha convertido en objeto de un hechizo y, como ves, me estoy hinchando como un odre. Si eso no es magia negra...

Negó con la cabeza, entristecido por la mente cerrada y obtusa de su hermana. La religiosidad de Bianca rozaba la superstición. Su devoción era constante y se rodeaba de reliquias de santos y medallas con la imagen de la Virgen.

—Quizás tengas acumulación de líquido y tu cuerpo no logre expulsarlo. Tal vez tu destino no era ser madre.

—¿Desde cuándo eres tan fatalista?

—Hermana mía, nadie escapa a su destino y debes convencerte de que rebelarte contra la

voluntad del cielo es inútil. Deberías mostrarte agradecida ante la Providencia por el amor de tu marido, que no cesa y es profundo. Sin embargo, loca de rabia, has denunciado a esa joven a los jueces de la Inquisición y al hacerlo te has mancillado con un delito muy grave: la calumnia en perjuicio de una inocente.

—Te ha hechizado, es evidente —lo reprendió la mujer—, empujándote a ultrajar el hábito que llevas a cambio de una defensa que considero sacrílega.

—Vigila tus palabras, Bianca. Unas insinuaciones parecidas, indignas, no las acepto de nadie, ni siquiera de ti.

—¿Insinuaciones? La verdad, más bien. Por suerte soy inmune a su nefasta influencia y no me dejaré condicionar por tus reproches.

—Ten cuidado y no te aproveches de mi afecto, cruzando los límites y encarnizándote con ella.

—¿Cómo puedes defenderla frente a tu propia hermana?

Él se tocó la cruz de oro macizo que le brillaba en el pecho, casi como si invocara la intervención del Creador, mientras contemplaba con expresión desalentadora a Bianca.

—Me duele constatar que te has convertido en una mala persona, perdiendo todo sentido de caridad cristiana. Pero no exageres con tu agresividad porque, te advierto, no transigiré más.

—¿Te ocuparás tú, entonces?

—¿Lo dudabas? ¡Y ay de ti si osas intervenir! Ya tenemos bastante maldad con la perpetrada. Si no te esfuerzas por ser objetiva y justa, te negaré mi compasión y en mi lecho de muerte te maldeciré. No solo eso, destinaré todo lo que poseo a la Cofradía de la Misericordia.

La mujer se desplomó en la silla y lo contempló, devastada.

—¿La prefieres a ella antes que a mí hasta el punto de desheredarme y humillarme a los ojos de Aloisio?

—Escucha, hermana mía —juntó las yemas de los dedos en un gesto de súplica instintivo—, durante los tormentos que se le impusieron tras tus calumnias delirantes, me encontraba al lado del verdugo, quien se ensañaba para que confesara que trabajaba con el demonio. Ningún suplicio, y ella me ha dado una demostración ejemplar, puede debilitar la fuerza de una conciencia impecable. Debiste haber asistido tú también para avergonzarte de haber causado esas penas físicas a un ser humano. —El rostro de Bianca se volvió sombrío ante esa acusación a la que no podía contestar—. Después, se desmayó y noté la mancha de nacimiento en forma de estrella en el omóplato derecho. Reconocí el símbolo y...

—¡Claro que sí! —lo interrumpió con aspereza—. Un hombre que ha hecho de la verdadera fe su propio estandarte resplandeciente reconoce la marca del mal.

Alemanno negó de nuevo con la cabeza. La obstinación de su hermana lo enfadaba más de lo que podía soportar. Suspiró. En realidad, se trataba de una mancha extraña, vista solo en otra mujer, Cleonice Pandolfini, la única a la que había amado tanto que no había dudado a la hora de violar su voto de castidad, uniéndose a ella carnal y espiritualmente.

—¿Osas negarlo? —preguntó Bianca, incrédula—. Dime, si la hechicera hubiera sido una pobre mujer cualquiera, ¿habrías movido un dedo para salvarla?

—¿Qué importancia tiene eso en la situación que te estoy describiendo? Se trata de que conozco a los padres y para mí era imperativo impedir de cualquier manera que tu histerismo la perjudicara.

—¿Dejándome en ridículo a ojos de todos los prelados de Florencia?

—¿No crees que deberías haberme consultado antes de actuar por tu cuenta y de forma impulsiva? Eso solo puedes reprochártelo a ti misma.

—¿Cómo puedes hacerme tanto daño?

—¿Tú te apropias del derecho de hacer daño a los demás y me niegas a mí la facultad de hacer lo mismo? —Alemanno le dedicó una mirada severa—. Sin discusión, la madre de la joven era una dama de gran linaje, temerosa de Dios, desgraciadamente casada en un matrimonio organizado por la familia, elegido de la peor manera posible. No tuvo la fuerza de renunciar al hombre del que se enamoró. La relación fue breve e intensa y, cuando se enteró de que estaba embarazada, quiso tener el fruto de sus pocos encuentros con él. Consiguió ocultar su condición con la ayuda de las criadas. Después, tuvo que abandonar a la criatura porque era la prueba de un adulterio y temía deshonorarse a ella misma, así como a su marido. El auténtico padre se ofreció a ocuparse de la niña, pero le dijeron que la recién nacida no había sobrevivido al parto. Sufrió durante mucho tiempo la pérdida sin imaginarse que su amante le había mentido.

—¿Estáis decidido a contarle todo esto al deshonesto cómplice de esa furcia?

—Las injurias gratuitas me ponen enfermo, Bianca, así que evita insultar en mi presencia a quien no te ha hecho ningún mal.

—No respeto a una mujer de bien que parió y se desprendió de la bastarda tras una aventura tan escandalosa.

—Ahórrame tus juicios lapidarios. No estás al corriente de las circunstancias de lo que ocurrió y no puedes condenar una relación que, al contrario de lo que piensas, procedió de sentimientos sinceros, aunque estuvieran destinados a terminar a su pesar.

—¿El hombre también estaba casado?

El cardenal dejó escapar un suspiro de aflicción.

—Sí, en cierto sentido, él también estaba casado, pero no se puede controlar el corazón, ¿verdad?

—No puedo más que admitirlo.

—Deja a un lado tu animosidad —le aconsejó Alemanno—. De pequeña eras buena con todos y el destino te ha permitido vivir con privilegios mientras que esa joven a la que de manera injusta llamas hechicera ignora sus orígenes. Consuela que los padres adoptivos la hayan criado como a su propia hija, según me ha confirmado un fiel informador que ha indagado con discreción, siguiendo mis órdenes.

—¿Quieres que la perdone a cualquier precio, entonces?

—Eres tú la que debería pedirle perdón, pero omitiendo los errores y las razones, Bianca. Si me quieres, hazlo por mí, te lo pido.

Utilizó un tono compungido que hizo que ella sufriera un escalofrío.

—Hermano mío, quizás sea una lunática amargada y quisquillosa, pero mi amor por ti es inconfundible y sabes que no puedo negarte nada.

—Entonces, ¿podemos acabar por fin con esta cuestión tan desagradable? —Bianca se mordió el labio y lo contempló, debatiéndose, por lo que él preguntó—: ¿Por qué dudas? Dios ha querido que no hubiera víctimas que pesaran sobre tu conciencia. Dentro de poco ya no estaré, permíteme que cierre los ojos sin remordimientos.

—Alemanno, ¿por qué te atormenta tanto la acción de una persona, innoble o no, en la que ni tú ni yo hemos tenido nada que ver?

—Porque es hija mía, Bianca, y tú eres su tía.

Ante esas palabras, la cara de su hermana se ensombreció y la sorpresa pareció desmoronarla. Lo observó, atónita, tan perpleja por la revelación de Alemanno que no logró siquiera abrir la boca. Al final, bajó la cabeza y estalló en lágrimas.

5

Desde que Gherardo y Lucrezia se habían instalado en el palacio de Monfalco, hacía ya tres semanas, flotaba en la casa una especie de tensión estancada que ponía a Lapo de los nervios. Olivia se había vuelto esquiva como una sombra y, por si fuera poco, apenas le dirigía la palabra. ¿Quién sabía por qué? Le parecía que también Forese lo evitaba a propósito, mostrándose reservado. El guarda era amable y respetuoso sin servilismo, pero Lapo se sentía privado de la afabilidad espontánea que le habían mostrado al principio. Para él había sido como recuperar un sucedáneo de familia tras deambular lejos, por la Toscana.

Además, había que admitir que Lucrezia se comportaba como si fuera la condesa legítima, en lugar de una huésped temporal que tarde o temprano tendría que irse de allí con su hermano. Las criadas se sentían atemorizadas porque su prima era autoritaria por naturaleza y les daba órdenes peor que una déspota. La obedecían sin rechistar, temerosas incluso de moverse sin su permiso. Cuando se enfadaba, sus gritos de indignación resonaban entre los muros y para que se calmara había que hacer lo que quería. Le había dado una bofetada a la planchadora por despistada, ya que le había quemado una enagua, y Lapo odiaba que le hubiera levantado la mano a una sirvienta. Lucrezia ponía a prueba la paciencia de cualquiera, sobre todo de su primo, y a decir verdad estaba cansado de una situación que solo parecía empeorar, escapando a su control.

Además, cuanto más imponía su prima sus propias reglas, más se retraía Olivia, cediendo terreno a una mujer acostumbrada a dictar las leyes. Para Lucrezia, era normal dar órdenes a quien fuera, incluso a Olivia y a Forese. Parecía que no le entraba en la cabeza el hecho de que la hija del guarda no formaba parte del servicio del conde y que se limitaba a ayudar a su anciano padre en sustitución de Malvina.

Aparte de gobernar y pasarse horas arreglándose, Lucrezia merodeaba por las salas de palacio con la expresión codiciosa de quien anota de manera meticulosa en un catálogo mental el valor de cada objeto y mueble.

Por otro lado, exigía que Lapo la acompañara a fiestas y bailes, dejando que varios de sus conocidos intuyeran de manera velada que una boda con él era más que una posibilidad. Una tarde, en el teatro de Cocomero, lo había expuesto ante las amigas como un prometido que se mostrara reticente a declararse oficialmente.

Él había hablado acerca del tema en repetidas ocasiones, diciéndoles que no se imaginaba casándose con alguien con un carácter tan irritante, pero el derecho de réplica no existía para su prima, quien lo callaba enseguida, cambiando de tema con una astucia taimada. Todo esto provocaba en Lapo un hartazgo que a punto estaba de romper los diques de su educación para enfrentarse a esos huéspedes tan entrometidos. El asedio de Lucrezia era exasperante hasta hacerle rechinar los dientes cuando lo cubría de nauseabundas zalamerías, contemplándolo con

expresión empalagosa. Odiaba los afectados tira y afloja en los que ella le empujaba a participar, pero ¿cómo podía echar a Lucrezia y a su hermano? La hospitalidad era sagrada para Lapo.

Por otra parte, Gherardo era el individuo más antipático que había conocido. Lo había acompañado a la finca de los Monfalco de Poggio in Caiano, una propiedad con granjas ahora desiertas y una extensión de terrenos agrícolas que se proponía confiar a un buen administrador con el fin de aumentar las cosechas, llenar los graneros y contratar a agricultores con ganas de trabajar. Era el campo lo que llevaba el pan a la mesa y abastecía la despensa. Aunque al principio se había mostrado reacio, se había establecido mejor de lo que había pensado en el papel de conde, deseando volverse merecedor del legado heredado. Por honor deseaba demostrar que estaba a la altura.

En cuanto al inepto de su primo, durante la batida de caza, había estado a punto de matarlo con un disparo desviado procedente de manera involuntaria de uno de los mosquetes patentados por el armero Lazarino Cominazzi. Gherardo le había atribuido la culpa a una distracción y había pedido perdón, pero a Lapo le hacía temblar pensar en el peligro mortal que había esquivado. Habían abatido ciervos, liebres y faisanes, pero su primo se había atribuido el mérito del abundante botín, como el fanfarrón que era, según había descubierto, molestándolo aún más.

Gherardo era un engreído y nada habría cambiado la opinión negativa que se había hecho de ese parásito. Dormitaba en la cama hasta la una y, después, sorteando de manera minuciosa la fase de la higiene personal, ataviado con una casaca y una chupa, se devanaba los sesos durante mucho tiempo, suponiendo que hubiera cerebro en ese vacío que se encontraba entre sus orejas, para elegir entre unos bonitos zapatos con hebilla o botas a juego con el vestuario. Para terminar, hacía que Nanni le arreglara el pelo con ridículas colas de rata adornadas con cintas, dos que le caían a cada lado del rostro y otra sobre la nuca. Hecho eso, se dignaba a unirse con su hermana y con Lapo para darse un banquete. Su educación estaba subordinada a sus caprichos y, para colmo, se lamentaba si la comida no satisfacía sus sofisticados gustos.

A Lapo lo que más le indignaba era haberlo sorprendido santiguándose cuando se cruzaba con Olivia, a quien llamaba con ofensivo desprecio «bruja». Ella no reaccionaba para mantener la paz, claro, pero Lapo estaba tan harto que se dirigió a su prima con graves quejas. Lucrezia se limitó a encogerse de hombros con indiferencia, más interesada en coquetear con él que en sermonear a Gherardo. Flirtear era su táctica para calmarlo ante el descuido de su hermano, quien, tras tomar ingentes cantidades de comida, se marchaba de la mansión para sumergirse en la emocionante frivolidad florentina.

Provisto de capa, espada y sombrero, se colocaba los prácticos *à point levis*, unas galochas dotadas de suela de madera que evitaban que los caballeros se enfangaran los elegantes zapatos con hebilla, y se marchaba con feliz inconsciencia a participar en las fiestas con amigos, ávido de alegres distracciones y picantes aventuras amorosas.

Al pensar en toda esa lamentable situación, Lapo quería aclarar sobre todo los malentendidos con Olivia. Quizás Lucrezia había dado una falsa impresión al comportarse como una prometida celosa, pero no era más que una prima. Lapo lamentaba que Olivia tuviera que sufrirla. Ni siquiera con Piccarda se había mostrado tan protector como deseaba serlo con una mujer que lo esquivaba con tenaz empeño. Intuía en su interior una vulnerabilidad impotente, algo muy frágil que empujaba a los primos a burlarse de ella y a él a defenderla de sus mezquinos golpes bajos.

Debían haberse percatado de que se sentía atraído. Lapo notaba una vibración en el corazón cuando Olivia se encontraba cerca. Aunque fuera curioso e inexplicable, advertía su presencia antes incluso de que los ojos captaran su figura esbelta. Desviar la mirada de su cuerpo era un ejercicio de voluntad hasta el punto de cansarlo, aguzando la sensibilidad de los sentidos. Esos

donnadies la consideraban socialmente inferior, pero Lapo aplicaba un criterio más amplio para calcular el valor de una persona.

Determinado a explicarle su propio estado de ánimo, recorrió la casa y por fin la encontró en el desván, donde se iba a secar las sábanas tras la colada. Olivia no lo escuchó entrar, absorta en sus pensamientos mientras recogía la ropa de cama, envuelta en un rayo de sol que se filtraba por una de las claraboyas, creando reflejos cobrizos en su precioso cabello. Lo hechizó verlos sueltos, en lugar de cubiertos por la cofia almidonada que a menudo llevaba puesta. Los tenía largos hasta la cintura y parecían hilos de seda.

—Olivia...

La joven se sobresaltó al oír su voz y lanzó una mirada hacia la puerta como si deseara esquivarlo y escapar, pero Lapo se estaba acercando, lo que le impedía batirse en retirada. Entonces, se llevó de golpe las manos a la cabeza y se toqueteó la espesa cabellera para recogerla en un moño improvisado.

—Os lo ruego, dejaos el pelo suelto, es precioso. —Sonrió cuando Olivia se sonrojó, desviando, avergonzada, la mirada de sus ojos—. ¿Cómo os habéis hecho las cicatrices de las muñecas? —Lapo había notado las marcas en la piel, aunque ella se había apresurado a tirar de las mangas del recatado uniforme gris.

La joven frunció los labios y retrocedió. No estaba segura de lograr disimular el tumulto de emociones que le provocaba. Nunca había imaginado sentir aquella pasión incontrolable por el nuevo conde, el tipo de turbación que no le resultaba fácil digerir. Hacía tiempo había soñado con el amor y un marido que se preocupara por ella y respetara su personalidad, autonomía de pensamiento e inclinaciones. A cambio, se habría dado a sí misma sin reservas. Ahora no tenía nada más que ofrecerle a nadie, excepto afecto a Forese, su querido padre al que le debía todo, un pobre viejo. Le parecía que estaba marchita, devastada.

Sin embargo, sus sentidos desobedientes se estremecían y anhelaban la cercanía de Lapo. En su mente lo llamaba, en parte porque era el hombre más atractivo que había conocido. Era irresistible, con rizos de color castaño dorado que la brisa desordenaba. El jubón de terciopelo color ciruela delineaba la complexión delgada, aunque no era la ropa lo que lo volvía cautivador, sino que de él surgía un magnetismo apasionante que la hacía temblar con fuerza. Sus ojos se habían colado en su mente y a veces sentía un desconcierto parecido al que experimentaba cuando permitía que los malos pensamientos estropearan la tranquilidad conseguida con tanto esfuerzo. En ocasiones, cedía a la tentación de mirarlo, teniendo cuidado de que Lapo no se diera cuenta, fascinada por los cambios constantes de sus expresiones irónicas, a veces también tiernas, y por la mueca molesta que reservaba a las frases desagradables de Gherardo...

«¡Basta!», se ordenó. Debía dejar de fantasear con él. Era poco más que una sirvienta y el conde de Monfalco buscaba un matrimonio ventajoso. Hacerse ilusiones la empujaban a languidecer, lo que constituía un castigo que se infligía a sí misma, deleitándose con el doloroso aguijón del rechazo.

Esa idea le resultó deprimente. El deseo por el conde latía en un corazón que le pertenecía, ardiente como una llama que nada lograba extinguir. Que la Virgen la ayudase, era injusto tener que sufrir un destino tan poco amable y habría querido gritar su rabia contra el cielo. Sin embargo, este siempre había hecho oídos sordos ante sus invocaciones, pensó, acostumbrada a vivir con el vacío desolador que el destino parecía haber establecido para ella, un triste sustituto para el hombre al que se abandonaba en sueños.

—Olivia, ¿qué os pasa? ¿Estáis bien?

—No deberíais estar aquí, excelencia. El desván no es el lugar ideal para un caballero de

vuestro rango.

—Ah, no me supone ningún problema. Además, es mi casa, ¿no?

—¿Os ocurre algo?

—Tenéis razón al enfadaros conmigo.

—Diablos, ¿por qué debería?

Lapo no solía desperdiciar palabras, por lo que fue al grano enseguida.

—Lucrezia, igual que su hermano, se comportan de manera despreciable con vos, pero os prometo que no volverá a suceder.

—¿Vuestra prima sabe que habéis venido a buscarme? No lo aprobaría.

—No es ella quien da órdenes en esta casa, sino yo.

—Estaba convencida de lo contrario —contestó Olivia, sarcástica.

—No me extraña. Le he permitido usurpar mi puesto, pero de ahora en adelante la situación va a cambiar.

—Está claro que terminaréis casándoos con ella, ambos lo sabemos.

—Ah, respecto a eso, os equivocáis, os lo aseguro.

—A mí no me importa. Hace tiempo que a mi padre debería reemplazarlo un guarda más joven. Todo será más sencillo para vos cuando nos vayamos de aquí, estoy segura.

—No lo permitiré. —Lapo paseó la mirada por el rostro sonrojado de la chica, por el cabello, por la subida y bajada del pecho, apenas capaz de respirar.

Lo que leyó en los ojos puros de Olivia lo alteró más de lo que podía soportar. Tiró de ella contra sí con un gesto decidido. Su piel olía a flores como el verano y sus cuerpos se adaptaron como si fueran dos mitades perfectas que se reencontraran. El fantasma de sonrisa que le curvó los labios a Olivia agravó en él esa pena dulce y aguda que lo atormentaba por las noches y su boca rosada lo atrajo como la luna atrae a la marea. Le cogió el rostro entre las manos y capturó sus labios para besarla. Había querido hacerlo desde que se habían conocido y por fin Lapo podía probar el sabor, la esencia, de una mujer tan esquiva que lo dejaba perplejo, tan sensual de repente que le ardía la sangre por la excitación, acelerándole el latido del corazón como un niño dando sus primeros pasos, una mujer que ahora aceptaba la caricia de su boca hambrienta.

Después de una pizca de resistencia instintiva, Olivia se derritió entre sus brazos y reaccionó ante sus besos. De su mente huyeron todos los remordimientos, sin poder eludir el vértigo de un placer inesperado. Antes de ese mediodía, nunca había supuesto que el contacto entre dos bocas podía volverse abrasador hasta el punto de hacer que le temblaran las rodillas, un acercamiento tan íntimo y cálido que la había desarmado. No estaba preparada para ese placer, que le provocaba sensaciones tan fuertes que impedían cualquier negativa, ciega por rendirse a sus ilusiones. ¿Cómo iba a resistirse a un hechizo? De repente, ya no estaba segura de poder renunciar a amar, de privarse de la pasión que él le había empujado a descubrir y que palpitaba en las profundidades de su ser. El abrazo de Lapo sustituía cualquier propósito del suelo y protestó con suavidad cuando él se retiró para contemplarla con el mismo éxtasis que la había invadido a ella.

Ni Lapo ni mucho menos Olivia, turbados como se encontraban, se percataron de que Gherardo espiaba la escena desde una rendija de la puerta que había quedado entreabierta. Frenando el resentimiento que esos dos le provocaban, retrocedió en silencio, marchándose con pasos silenciosos, exactamente como había hecho antes mientras buscaba a Lapo. Quería pedirle a su primo que organizara un baile en el palacio de Monfalco e invitara a algunas personas importantes, personajes de la ciudad que pudieran resultar útiles, pero se le habían quitado las ganas.

¿Esa mosquita muerta de Olivia tenía una relación con el dueño? Él habría caído como un tonto, suponía, seducido por la sensiblería de una sirvienta ambiciosa y rastrera que pretendía hacer carrera, probablemente, llevándolo ante un sacerdote. Gherardo apretó los puños. No necesitaba más para imaginarse la conclusión. Merodear por allí era inútil, ya había visto bastante. Tras regresar sobre sus pasos por el pasillo, se apresuró hacia la habitación de su hermana, quien lo contempló, estupefacta.

—¿Qué te pasa, Gherardo? Parece que te hayas tropezado con el espectro de Isotta.

—Peor que ver un fantasma. Me temo que tus esperanzas de convertirte en la mujer de Lapo se han desvanecido.

—¿A qué te refieres?

—Esa furcia de Olivia está seduciendo a tu conde de Monfalco. Lo he visto con mis propios ojos y a él parecía gustarle.

Lucrezia se tensó y los ojos se le iluminaron por la ira. La tarde anterior, tras una recepción en casa de los Antinori, había llevado a Lapo al anochecer a dar un paseo romántico hasta el Ponte Vecchio. A diferencia de los demás invitados, que habían bebido mucho, él no había abusado del vino, servido de manera abundante. Un hombre con los sentidos nublados por el alcohol era manipulable en el ámbito sexual y ella lo quería colaborativo al máximo en la cama. De este modo, se había rozado con el idiota como una gata lujuriosa. Lapo había ignorado cada avance erótico, absorto en preocupaciones mentales que frustraban las insinuaciones lascivas de Lucrezia. No obstante, ceder no era lo suyo y en el Lungarno degli Acciaiuoli se había sujetado a la hiedra, acercándole de manera insistente la boca para excitarlo. Pretendía pasarse la noche sumida en repetidas uniones ardientes hasta agotarlo.

Necesitaba ponerlo entre la espada y la pared porque había descubierto que se encontraba encinta y quería atribuirle a Lapo la paternidad antes de que su molesto estado se hiciera evidente. No sabía siquiera cuál de sus últimos amantes era el padre de ese mocoso. Al enfrentarse a un embarazo, su primo se habría casado con ella sin rechistar. Sin embargo, maldita sea, a pesar de las expectativas, el río que parecía una cinta de plata bajo la luna, creando un escenario sugerente para el idilio perfecto, había demostrado ser inútil a la hora de acabar con las reticencias de Lapo.

En retrospectiva, Lucrezia comprendía con claridad por qué. Bien, no sabía que fuera un patán tan torpe que no lograra apreciar a una dama de alto rango como ella. Tenía amigos en la corte y había sido objeto de un cumplido caballeroso del propio gran duque durante un baile, algo extraño, dada su predilección por el sexo opuesto. Corría el rumor de que Victoria della Rovere, esposa de Fernando II, había abandonado el lecho nupcial al descubrir su debilidad por un paje, Bruto della Molar. En casa de los Médici, los pajes siempre habían estado de moda, pero Victoria había provocado un escándalo al comportarse como una viuda a pesar de que su marido estaba sano y salvo. Para guardar las apariencias, permanecía al lado de su esposo, quien insistía en concederse distracciones lujuriosas.

Las habladurías eran la esencia de la vida, pensó Lucrezia, así como los juegos de poder. Incluso el papa Urbano VIII tenía miras expansionistas y había iniciado una guerra contra Farnesio para arrebatárle el ducado de Castro. Ella perseguía fines más modestos y sobre todo prácticos. Frecuentar a hombres influyentes como al marqués Incontri suponía el privilegio de poder pedirles directamente un cargo público para Gherardo y para Lapo a través de la benevolencia de Fernando. Dichos cargos proporcionaban escudos mensuales y respeto.

La nobleza florentina debía su prestigio a las familias de banqueros y comerciantes, como la de Lapo, a quienes les bastaba una esposa de sangre azul para abrirse paso entre los aristócratas

del calibre de Salviati, Rucellai o Rinuccini, quienes alardeaban de rentas de, al menos, 20 000 escudos y poseían prósperos latifundios en el campo. Sin embargo, la nobleza media llevaba una vida casi de mendigo. En sus casas, si no se jugaba, había una única lámpara encendida o un farolillo. ¡Ver para creer!

Conseguir a Lapo solo era el primer peldaño de una escalera que le habría permitido relacionarse con personas de una pompa acorde al rango de condesa. Sin embargo, no era indispensable y, si prefería a esa insulsa de Olivia, el problema de la sucesión se podría resolver rápidamente.

Contempló la esmeralda que le brillaba en el dedo índice y sonrió. Ella no necesitaba una espada para acabar con el adversario, el polvo escondido en el engaste de ese anillo de oro macizo era más eficaz que su filo y mucho menos sangriento.

—Querido Gherardo, me conoces y sabes que darme por vencida no está en mi naturaleza. Seducir a un hombre es un arte en el que no deberías infravalorarme, aunque hasta ahora me haya limitado a las escaramuzas —le dijo a su hermano.

—No lo pienses demasiado o se te escapará.

—Sea cual sea la evolución del asunto, serás el próximo conde y sabes que siempre consigo lo que me propongo.

—Te creo. Estamos hasta el cuello de deudas y, aunque hasta ahora lo hemos podido ocultar, será imposible evitar un revuelo deplorable cuando los acreedores, para recuperar sus escudos, exijan nuestra cabeza. Nos arrebatarán la casa, ya hipotecada, y acabaremos en la cárcel por insolvencia.

—Siempre he querido ser la dueña del palacio de Monfalco y, ahora que lo he visto, lo deseo aún más.

Él asintió.

—Manos a la obra, entonces. Yo me ocuparé de la bruja a mi manera y haré que se le quiten las ganas de seducir al conde de Monfalco.

6

Lapo se desveló de repente. Algo lo había inquietado en pleno sueño y, mientras la mente resurgía poco a poco hacia la realidad, un único pensamiento coherente que logró componer mientras se esforzaba por encender la vela lo empujó a deducir que lo había despertado el eco de un sueño, que se había desvanecido antes incluso de que pudiera encontrarle sentido. Tratando de aclararse las ideas, permaneció alerta. El silencio nocturno invadía la casa, pero lo atenazó una inquietud que lo animó a levantarse y ponerse las calzas. Sin zapatos y con el torso desnudo, salió al pasillo para una breve inspección. Sin embargo, todo parecía tranquilo. Entonces, oyó un grito femenino, acallado enseguida, que provenía de la habitación de Gherardo.

Maldita sea, ¿qué diablos hacía ese canalla pusilánime? Sin dudarlo, se dirigió al cuarto de su primo y se detuvo en el umbral, indeciso entre irrumpir dentro o no, buscando entender qué ocurría en la estancia. Percibió alboroto y le llegaron a los oídos los gimoteos sofocados de una mujer que, era evidente, se resistía a aceptar la atención de Gherardo. Tal vez era una de las sirvientas, pensó Lapo, preguntándose si debería intervenir. Cuando oyó el sonido de una bofetada, seguida de un quejido, dejó a un lado cualquier duda y empujó la puerta, por suerte solo entornada.

La escena que se presentó ante él hizo que se paralizara. Bajo la escasa luz de una lámpara de aceite, su primo tenía inmovilizada en la cama a Olivia. Aunque se había resistido, había logrado desnudarla desde la garganta hasta la cintura. Tenía el cabello diseminado por las sábanas y, tumbado sobre ella, Gherardo quería obligarla con la rodilla a abrir las piernas. Olivia debía sentirse dominada por el pánico de lo que le estaba sucediendo. Estaba tan aterrorizada que no podía despegar los ojos de Gherardo, quien la tenía retenida bajo su peso, por lo que no se percató de que Lapo estaba en la habitación. Tampoco el miserable con intenciones de violarla se dio cuenta de su presencia, además de que se encontraba atravesado en el colchón, con la espalda hacia la puerta. Estaba tan concentrado en traspasar su resistencia y después abusar de ella sexualmente que era ajeno a todo lo demás.

Con una maldición furibunda, Lapo se tiró sobre él y lo alejó de Olivia con la fuerza triplicada por la cólera y el desprecio. Pillado por sorpresa, Gherardo reaccionó con la misma rabia y se arrojó contra su primo. Se sumieron en un furioso cuerpo a cuerpo.

—Cobarde, ¿cómo podéis violentar a una mujer que no os quiere? —Lapo le asestó un par de puñetazos, potentes hasta el punto de provocarle un gruñido de dolor. Rápido, esquivó por poco la brutal patada en la ingle que Gherardo, completamente fuera de sí porque le hubiera interrumpido en el mejor momento, le había lanzado.

—¡Maldita sea! ¿Qué más os da lo que haga con esa bruja? No os debo pedir permiso para...
—No pudo terminar la frase porque un nuevo golpe en el mentón hizo que cayera al suelo,

aturdido, con el labio lleno de sangre.

—Volved a llamarla «bruja» y os juro que no tendréis ocasión de repetirlo —gruñó Lapo, moviendo amenazador los puños ante el rostro ya inflamado de Gherardo, preparado para comenzar a golpearlo de nuevo si su primo se hubiera atrevido a moverse lo más mínimo. Le lanzó una mirada a Olivia quien, muy pálida y consternada, se había cubierto el pecho desnudo con los jirones de su ropa y los contemplaba con ojos nublados, sin poder pronunciar una palabra —. ¿Cómo os encontráis? ¿Os ha hecho daño antes de que yo llegara?

La joven negó débilmente con la cabeza.

—Sois huésped en mi casa. ¿Cómo habéis osado faltarnos el respeto a mí, después de haberos tratado como a un hermano, y a esta mujer a la que con malicia llamáis «bruja»? Pero ¿qué tipo de depravado sois? ¿No os da vergüenza haber pretendido abusar de una persona que no se habría podido defender de vuestra lujuria y que no os ha hecho nada? Ha merecido la pena haber frustrado vuestros intentos.

Gherardo retrocedió de un salto cuando su primo se lanzó hacia él con el rostro congestionado por una ira que apenas podía contener y que le provocaba miedo.

—¿Qué diablos está ocurriendo? —La voz estridente de Lucrezia resonó en ese momento en el umbral.

—Solo quería divertirme con la... con ella —masculló el joven, absteniéndose de manera minuciosa de decir «bruja». Aprovechó que su primo se había dado la vuelta y no le prestaba atención para levantarse y aumentar la distancia entre ellos. Maldito Lapo, pegaba con fuerza ese campesino rudo que había crecido entre el estiércol de vaca—. Pero el conde —añadió con su típica arrogancia— se ha entrometido en mis asuntos al presentarse aquí como un toro embravecido.

—¿Habéis osado darle una paliza a Gherardo por culpa de una furcia que lo ha manipulado por iniciativa propia? —Los ojos de Lucrezia desprendían todo el rencor que le provocaba la hija del guarda.

—¡No es cierto! —exclamó Olivia.

Se había recompuesto, pero estaba tan pálida que Lapo temió que se fuera a desmayar.

—No os pongáis nerviosa —le pidió—. Sé perfectamente que son unos infames mentirosos.

—¿Cómo podéis dudar de nosotros?

—Lo hacéis todo de mala fe, señora. —Olivia alzó la barbilla, orgullosa—. Vuestro hermano ha pedido que Nanni me llamara con la excusa de que se encontraba mal. Por eso, he venido corriendo a verle para ayudarlo. Me ha agredido como un perverso en cuanto le he dado la espalda para bajar a la cocina a prepararle una infusión.

—Es una embustera repugnante que quiere desacreditarme ante Lapo —clamó Gherardo, fulminándola con la mirada.

—Sí, nada más que una furcia infiel —lo apoyó Lucrezia.

—¡Vaya sucios carroñeros estáis hechos! —Lapo los miraba, asqueado.

—¿Carroñeros nosotros? Entonces, esta oportunista representa para vos la voz de la verdad, ¿no? —El tono de Lucrezia desprendía rencor.

—Tened la decencia de callaros los dos. —Lapo abrió y cerraba los puños como si estuviera reprimiendo el impulso de darle otra paliza a su primo.

—Si os fiais de una perra que quién sabe de dónde habrá salido y no de mi querido Gherardo, no quiero saber nada más de vos —declaró de forma altiva su prima.

—No solo la creo, sino que, si osáis ofender a Olivia en mi presencia, os abofetearé también a vos, Lucrezia, os lo advierto.

Su prima esbozó una mueca.

—Nunca se me ha ultrajado tanto en mi vida, Lapo de Monfalco.

—Lo haré aún más si, al amanecer, vos y el libertino de vuestro hermano no os habéis alejado del palacio de Monfalco, armas y baúles incluidos, así como vuestra impertinente arrogancia que mostráis ante los ojos de cualquiera, casi como si fuera una virtud, en lugar de una actitud odiosa que me pasáis ante las narices, quizás con el fin de hacerme sentir inferior. No quiero volver a veros por aquí.

—¿Nos estáis echando?

—Exacto, así que no me obliguéis a tirar vuestras cosas por la ventana —les ordenó con una autoridad imperiosa—. En caso contrario, yo mismo me ocuparé de lanzarlas.

—Lucrezia es una flor de virtudes y belleza que no os merecéis. —Gherardo lo contempló con evidente rencor—. Nunca nos juntaremos con chusma como vos, lo que nos deshonraría, así que nos marcharemos.

—Entonces, apresuraos a desaparecer de mi vista si no queréis que os deje en mitad de la carretera sin ningún miramiento.

—Haré que lo lamentéis, Lapo —anunció Lucrezia con aspereza.

—Desapareced ahora mismo o seréis vosotros quienes lamentaréis haberme provocado. —Después, tomó a Olivia en brazos y la alejó de esa estancia y de los dos lunáticos.

En el pasillo, se habían reunido los criados, excepto Forese, quien se encontraba alojado en otra ala del palacio, y Nanni, el ayudante de cámara de Gherardo, que sabiamente debía haberse escondido quién sabía dónde. Tanto las limpiadoras como las criadas o el mozo de cuadra, desde hacía poco en sus dependencias, portaban armas poco habituales, pero eficaces: rodillos de amasar, sartenes y una fusta con la que azuzar a los caballos.

—¿Os echamos una mano, excelencia? —preguntó el mozo.

Lapo sonrió.

—Gracias, aprecio vuestro apoyo, pero me he ocupado en persona de resolver la situación. Podéis volver a la cama.

Con un asentimiento y un murmullo respetuoso de buenas noches, se marcharon.

—Puedo caminar —murmuró Olivia contra su cuello.

—Lo dudo, asustada como estáis. ¿Seguro que os encontráis bien?

—Sí, pero, si no llega a ser por vos... —Su gratitud era desmesurada, como la emoción de permanecer entre esos brazos sólidos. El alivio, cuando Lapo había aparecido a pocos pasos de ella y Gherardo, se había convertido en una sensación de íntima satisfacción que diluía el terror provocado por la vil tentativa de violación, para la que había faltado poco.

—Menos mal que Forese no se ha percatado del tumulto.

—Quizás porque mi padre está un poco duro de oído.

Lapo la posó sobre la cama con dosel cuando llegaron a la habitación que ocupaba Olivia, destinada a la institutriz de los pequeños Monfalco. Después, sacó una manta del arcón y la cubrió con un gesto lleno de ternura, antes de sentarse junto a ella.

—¿Queréis un vaso de agua? Os vendrá bien después de la terrible situación que habéis vivido esta noche.

—No podría tragar nada —lo rechazó con voz débil.

—¿Estáis segura, querida?

La joven asintió.

—Conde...

—Lapo, por favor. Y huir de mí no servirá de nada. Sabéis lo que siento por vos. También lo

veo en vuestros ojos cada vez que os miro, así que no insistáis en contradecirme.

Olivia negó con la cabeza. Sobre la cómoda se consumía una vela cuya tenue luz dulcificaba los contornos de la habitación.

—Sois un aristócrata y debéis mostrar interés por una doncella de vuestro rango.

—Os quiero a vos, Olivia, y tenéis que daros cuenta de una vez por todas.

—Conde... —Se interrumpió y se humedeció los labios con nerviosismo. Su pudor era evidente.

—Lapo.

—No puedo ofreceros nada, ni siquiera mi pureza.

El joven frunció el ceño.

—¿Habéis tenido un amante?

—No. —Olivia deseó que la conversación no hubiera tomado ese cariz, pero siempre había estado segura de que la pesadilla no terminaría nunca, un mal sueño que de manera desesperada deseaba relegar al olvido y que, sin embargo, no dejaba de aparecer. Además, el conde tenía derecho de conocer la razón por la que lo rechazaba—. Uno de los jueces de la Inquisición, en el transcurso de mi detención por brujería, me violó.

—Olivia... ¡Por el amor de Dios! —Lapo no logró decir ni una palabra más.

—Me torturaron varias veces y, entre un tormento y otro, me recluían en una celda... desnuda, de manera que no pudiera esconder en los orificios de mi cuerpo ningún objeto satánico. Había un fraile de cierta edad que se había mostrado compasivo conmigo.

—Menos mal, al menos uno dotado de conciencia.

Ella negó con la cabeza de forma brusca.

—No lo movía la humanidad. Entró en la celda con la excusa de rezar, pero, en cuanto la monja encargada de vigilarme desapareció, se me lanzó encima y abusó de mí como un animal.

—¿Por qué no pediste ayuda?

—Lo hice, pero nadie acudió.

Lapo murmuró una maldición, conmovido.

—Me dijo que, si lo denunciaba, haría encarcelar también a mi padre y, con eso, compró mi silencio.

—Sí, no me cuesta creer que ensañarse con una mujer indefensa sea muy fácil, teniendo la certeza de la impunidad.

—No me volvió a tocar ni hubo consecuencias desagradables... como un embarazo. Gracias al cielo, me han exculpado y he vuelto a casa, pero no le he contado a nadie lo que tuve que sufrir durante mi cautiverio.

—¿Por qué os acusaban de ser una bruja? —Lapo no logró esconder el horror que le provocaba todo lo que había oído.

—Me ocurre algo extraño en las manos que, a menudo, se manifiesta y cura a las personas si les transmito mi calor sobre las partes afectadas —explicó Olivia con un murmullo, casi lamentándose de lo que creía ser una rareza.

—¿En serio?

—Sí. Dispongo también de... facultades que me hacen intuir mentalmente si estoy tratando con alguien movido por la voluntad de hacer daño.

—¿Significa eso que podéis leer la mente de las personas?

—A veces. Se trata de un instinto que tengo desde que nací y que temo más de lo que puedo expresar. Es un don que he puesto a disposición de quien sufre porque tiendo a darme al prójimo y no puedo negarle nada a nadie. Creo que ha sido esta inexplicable cualidad... interior la que ha

empujado a alguien a denunciarme al Santísimo Oficio.

—Que, por una vez, ha reconocido la inocencia de un acusado.

—Por suerte. Si no, ahora no sería más que cenizas en el viento.

Lapo le acarició el rostro pálido con las yemas de los dedos. Le habría gustado decir sobre el repugnante eclesiástico que se había aprovechado de manera evidente de una joven retenida por cadenas, indefensa ante los abusos de quien servía al Señor de una manera tan cruel. Pero ella había pasado por una experiencia terrible y debía conseguir que la olvidara.

—Os he contado la verdad, Lapo.

—Lo sé. Os han violado sin piedad y sin expiar el castigo por el mal consumado, pero, si creéis que puedo despreciaros por algo de lo que no tenéis la culpa, os equivocáis. —Se inclinó y se perdió en la pureza de unos ojos que eran el reflejo del alma de una persona convertida en rehén de individuos crueles, indignos de representar a la Iglesia, a la que habían violentado de manera injusta—. Por primera vez en mi vida, me he quedado sin palabras. Además, siento desdén por el comportamiento innoble de los que, en vez de transmitir el amor por todos los seres humanos, como nos han enseñado los discípulos de Cristo, profesan odio hacia los que son distintos, un odio que procede del alma negra que se encuentra escondida detrás de una túnica. Persiguen a criaturas indefensas y, desgraciadamente, sujetas a su poder terrenal, sin ningún remordimiento por su sufrimiento.

—Están convencidos de que actúan en nombre del Papa y de la justicia divina.

—Debéis olvidar el pasado, Olivia.

—También me lo dice mi padre.

—¿Puedo besaros?

—¿No...? ¿No os doy asco?

En lugar de contestar, buscó su boca y presionó la suya contra ella.

En el palacio de Monfalco, al día siguiente, la brusca partida de Lucrezia y Gherardo se recibió con un júbilo evidente por parte de todos sus residentes. Los dos se habían marchado al alba, después de que el astuto y callado Nanni hubiera conseguido una silla de manos para su señora. Se podían alquilar estos medios de transporte en los cruces principales de Florencia para moverse por la ciudad. Lucrezia, desprovista de montura, se había negado a dar un paso por su propio pie. No dejaron atrás ningún lamento, solo un chismorreó agitado en el servicio, que cesó de forma repentina por el grito desgarrador de la criada que le había llevado el desayuno a Lapo.

Al subir a la habitación del señor para recoger la bandeja, la sirvienta había encontrado a Bischerò tumbado en el suelo y al conde retorciéndose en la cama, presa de unos atroces dolores de estómago. Se avisó a Olivia de inmediato y esta se precipitó sobre él. Le bastó una mirada a la saliva blanquecina que salía del hocico del perro, ya exánime, para darse cuenta de que tanto Lapo como el animal habían ingerido veneno.

Bischerò tenía la costumbre de entrar en los aposentos de Lapo, quien lo adoraba, en cuanto Forese le permitía pasar a la casa desde el jardín, para desearle al conde un alegre «buenos días» entre ladridos. Lapo lo mimaba con algún bocado goloso de lo que él mismo comía.

Ada, la cocinera, contó angustiada que le había servido en la bandeja una doble ración del dulce de crema que, en el transcurso de la cena de la noche anterior, el conde había alabado y del que había sobrado bastante. También comentó que Lucrezia se había colado en la cocina, pidiendo provisiones que llevarse para el camino, y la mujer se había limitado a obedecer. Es verdad que se había ausentado cinco minutos, el tiempo justo para entrar en la despensa y coger lo que necesitaba para comenzar a preparar la comida, pero no había notado nada extraño cuando había vuelto.

A Olivia le quedó claro que los primos de Lapo, mezquinos y vengativos, habían llevado a cabo su revancha, pero era igual de consciente de que sería difícil demostrar su culpabilidad. En cualquier caso, no era cosa suya, sino de Lapo denunciarlos. Lucrezia debía haber usado agua tofana, un tóxico con una base de arsénico, incoloro e inodoro. Era el veneno preferido de los Borgia, que podía mezclarse con la comida y era tan eficaz y letal que se lo ofrecían a familiares y amigos que tenían la necesidad de utilizarlo. Notó que cerca del perro quedaban migas del trozo de dulce que el dueño le había dado y, mientras Lapo comía, Bischerò debía haberse desplomado en el suelo. La porción de pastel en el plato presentaba solo algunos muerdos, por lo que Olivia dedujo que él había ingerido como mucho la mitad antes de sentirse mal casi de inmediato. Tal vez no era demasiado tarde...

Preparó rápidamente un antídoto con una base de extractos de hierbas medicinales que había encontrado en un libro de medicina de la biblioteca. Tenía un sabor horrible y tuvo que obligar a

Lapo a bebérselo entero, haciendo oídos sordos a los gemidos de protesta. En cuanto cayó en un estado febril, le aplicó sanguijuelas para que absorbieran los efectos malignos del agua tofana. Indiferente a su agotamiento, se negó a dejarlo ni siquiera durante un instante en esas horas dramáticas en las que temió que su amor perdiese la vida.

Superó la crisis por la noche, aunque Olivia pensaba que no había logrado salvarlo. Dormitaba en una silla cuando sintió unos ojos mirándola con intensidad. Al levantar de golpe la cabeza, notó una emoción que le empujó el corazón a la garganta, rebosante de pasión por Lapo, el hombre al que amaba.

—Lapo, ¡por el amor del cielo! —exclamó con la voz ronca por el cansancio—. ¿Cómo os sentís?

—De maravilla, gracias a vos.

La joven se ruborizó y posó la mano sobre aquella masculina, más grande y fuerte, colocada en un explícito gesto de invitación. El calor de su piel le recorrió el brazo e hizo que le hormiguearan los sentidos con una rapidez que le quitó de repente la respiración. El cuerpo desnudo de Lapo era una perfección de líneas y músculos en relieve que creaban una representación excitante de anatomía masculina. Surgía de él una corriente seductora tan atrayente que la había empujado a tocarlo mientras lo cuidaba durante aquellas horas en las que el terror de ver cómo se le extinguía la vida la había angustiado sin tregua. Había maldecido a Lucrezia y al depravado de su hermano hasta la eternidad.

Con un suspiro, apartó esos oscuros pensamientos y contempló a Lapo de nuevo. La volvía impúdica, con ganas de dejarse llevar por el reclamo de las sensaciones que le provocaba sin esfuerzo. Siempre sucedía cuando estaban uno al lado del otro. Olivia admitió para sí que le gustaría descubrir de qué otras maneras podía tocarla, consciente del todo de su deseo de tocarlo también.

—Lucrezia ha tratado de mataros —le dijo en su lugar, en un intento por alejar la mente de esos pensamientos lujuriosos y excitantes. Después de todo, habría podido morir de inmediato con las letales maniobras de su astuta prima. Ella y Gherardo ambicionaban desde hacía años el título y el patrimonio de los Monfalco. Eliminar a Lapo sin pagar las consecuencias de ese crimen siniestro significaba convertirse en dueños absolutos del palacio de su linaje, que tanto deseaban. Sin embargo, su turbio plan había fracasado.

—Sí, lo he entendido al ver a Bischero desplomarse sin soltar un ladrido tras haberse comido el dulce... —Lapo frunció el ceño—. Había saboreado algunos bocados y ya era tarde para vomitarlos, aunque lo he intentado, pero ha sido inútil.

—Un plan diabólico el de vuestros primos.

Asintió.

—El efecto del veneno ha sido muy rápido y sentía las entrañas arder de manera desagradable.

—Para su desdicha, he consultado buenos libros de medicina que me han permitido curaros.

—Sois un ángel, Olivia, en vez de una bruja.

—Habría dado mi vida por conservar la vuestra. —Se sonrojó.

—No lo he dudado nunca. ¿El perro...?

Lo contempló, entristecida.

—Como podéis imaginar, lamento no haber podido hacer nada por vuestro pobre perro perdiguero, Lapo.

—Pero habéis ahuyentado a la muerte de mí, ¿no es cierto?

—Creo que, si os hubiera perdido, os habría seguido a la tumba como Bianca Capello, que

murió de amor y de dolor horas después de que falleciera su querido esposo, Francisco I de Médici —declaró, sinceramente conmovida.

—¿Tanto os preocupáis por mí, Olivia?

—Os amo —le respondió con una firmeza serena.

—Entonces, ¿os casaríais conmigo?

—Me temo que no soy la mujer adecuada para vos.

—¿Por qué? —preguntó con voz ronca, atrayéndola hacia sí con un gesto repentino que la pilló desprevenida.

Durante unos minutos, Olivia no logró pronunciar ni una palabra, con el cuerpo totalmente apoyado sobre el de Lapo, notando su excitación. La pequeña sonrisa que le devolvía resultaba hipnótica hasta el punto de callar de raíz cualquier pretexto que tuviera intención de oponerse a ellos.

—¿Insistís en rechazarme?

—Podría... Podría ser una bruja... —farfulló de manera incoherente.

—En realidad, me habéis hechizado —admitió el conde, acariciándole la espalda de forma sensual antes de pasar al pecho.

—Lapo, deberíais mostraros razonable.

—No, vos, Olivia. En cuanto a no ser la esposa adecuada, me toca a mí decidirlo, querida mía —la contradijo—. ¿Me amáis tanto como yo?

—Sí, el problema es que sois noble y yo no...

—Venga, basta de hablar, amor mío. —Le impidió seguir discutiendo con un beso más elocuente que cualquier declaración de amor.

Olivia no tuvo otra opción que rendirse.

8

Hacía años que Forese no era tan feliz. Su Olivia pronto se convertiría en la mujer del conde de Monfalco y se alegraba por esa hija que, por circunstancias adversas del destino, había sufrido de manera injusta. Lapo había contratado a un nuevo guarda, Balduccio, un hombre diligente a quien el anciano estaba instruyendo, pero que era despierto y parecía haber vivido siempre en ese palacio.

Los cambios aportados para el futuro eran ingeniosos e irrevocables y aprobaba que Lapo hubiera obligado a Olivia a eliminar el lúgubre vestuario que llevaba desde que Malvina había pasado a mejor vida. Olivia debía tener un armario acorde con el rango de aristócrata, ya que estaba en proceso de serlo. Había elegido su vestido de novia, de tejido brocado rosa con un precioso bordado, que llevaría con un guardainfante y enaguas a juego.

La llegada de una carroza sacó de sus pensamientos a Forese, quien disfrutaba del sol en el umbral del portón. Vio un escudo noble que no reconoció y se sorprendió cuando se paró a un metro de él. El criado que se sentaba junto al cochero saltó ágil al suelo y abrió la puerta antes de tenderle la mano con deferencia a una dama en avanzado estado de gestación, que llevaba un amplio vestido de terciopelo azul con el fin de disimular su condición de futura madre, envuelta en un precioso chal de encaje que denotaba la riqueza de quien lo lucía.

—Buen hombre, ¿pertenecéis a esta casa?

—Sí, vuestra señoría. —Forese, que se había puesto en pie, hizo la reverencia adecuada a la distinguida mujer que se había dirigido a él—. Decidme, ¿cómo puedo seros de utilidad y qué puedo hacer por vos?

Se mordió el labio.

—Busco a Olivia Peruzzi.

Mostrándose de repente a la defensiva, Forese la escrutó con los ojos entrecerrados por la falta de visión.

—Es mi hija. No quiero parecer descortés, pero ¿puedo saber cuál es el motivo de vuestra visita? —Antes de que la encarcelaran, muchas personas se dirigían a ella para que las curara y la chica se había dado a todos sin negarle su don a nadie. Esa situación se había acabado tras el arresto, como si los vecinos tuvieran miedo de tener problemas por su culpa.

—Solo querría hablar con ella —se limitó a contestar, consciente de que el anciano la examinaba con una mirada desconfiada que la hacía sentir incómoda. Bianca notó crecer su inquietud que ya la atenazaba. Con fuerza de voluntad, se obligó a calmarse. El médico le había recomendado que no se pusiera nerviosa porque ceder a la angustia podía afectar a su hijo—. Debo contarle algo importante.

El hombre reprimió un suspiro. Se había vuelto muy desconfiado en lo que concernía a

Olivia. No obstante, el corazón le decía que la mujer no representaba una amenaza, por lo que decidió atender su petición.

—Olivia es mi pequeña.

—¿Podría verla? No le robaré mucho tiempo.

—Venid, os guiaré hasta uno de los salones en los que se recibe a los invitados para que podáis acomodaros mientras voy a avisarla. —Se echó a un lado con amabilidad para cederle el paso y la acompañó hasta el salón más sofisticado y representativo del palacio de Monfalco, el destinado a los invitados de alto rango, con una pared que suponía una magnífica muestra del mismo con un cuadro de Bronzino que retrataba a Arabella y a sus hijos en oración.

Olivia entró unos minutos después. Llevaba un vestido de tafetán de color ámbar con escote cuadrado y bordado con encaje de color marfil, ondulado de manera estilosa a lo largo del dobladillo. Tenía el cabello de tono cobrizo separado en dos bucles a cada lado del rostro, con los ojos puros y serenos, aunque se movían inquietos al reconocer a la visitante. Ocho meses atrás, cuando esa mujer la había llamado a su ostentosa mansión, le había suplicado que la ayudara a quedarse embarazada. Como es obvio, Olivia no había podido negarse a hacerlo. En las semanas siguientes había posado casi cada día las manos sobre el vientre de la dama que anhelaba con angustia ser madre. Sin embargo, de repente, la mujer no la había vuelto a llamar.

—Bienvenida, vuestra señoría —murmuró, haciendo una elegante reverencia—. ¿En qué puedo ayudaros?

—Estoy aquí para implorar vuestro perdón. —La mujer se alzó con dificultad del sofá y, como si no pudiera contenerse, se deshizo en lágrimas.

Olivia se quedó perpleja al ver que estaba embarazada e intentó en vano ocultar las manos cuando Bianca se puso de rodillas ante ella para besárselas con la devoción que se reserva a una santa.

—Señora, levantaos, os lo ruego —balbuceó, confusa.

—Soy yo quien os ha calumniado y denunciado a la Inquisición. No podía callármelo más —le confesó con gesto arrepentido—. El remordimiento me perseguirá hasta que me muera y no exagero. Ni siquiera sé cómo puedo exculparme del mal que os he provocado.

—No debéis inquietaros así en vuestro estado —le ordenó, intentando no revelar lo mucho que la había angustiado enterarse de la verdad—. No os guardo rencor si sentís tanta angustia como para venir a verme.

—No merezco vuestra comprensión.

—Señora, no suelo guardar rencor a nadie.

La mujer se limpió las lágrimas.

—Haber os causado tanto dolor, tanto físico como moral, me impide dormir por la noche. La sensación de culpa es una carga oprimiente sobre la conciencia humana.

—No debéis preocuparos, señora. Me alegra incluso que vuestra gran aspiración, tener un hijo, esté a punto de cumplirse.

Bianca, que se sentía aliviada, se tocó el vientre con un gesto lleno de ternura que conmovió a Olivia.

—Se me había interrumpido la menstruación y creía que se trataba de una menopausia precoz. Incluso le pedí consulta a uno de los mejores médicos de la corte, cuyo diagnóstico fue que retenía líquidos. Otro curandero afirmó que sufría un síndrome con un nombre muy raro. Sin embargo, esperaba un hijo.

—Estoy encantada por vos y por vuestro cónyuge.

—Imagino que lo dudaréis, pero os juro por esta criatura que verá la luz dentro de poco que

hasta hace un mes pensaba que estaba enferma, en lugar de en la fase crítica de un embarazo esperado desde hacía mucho tiempo.

—Os creo, sí.

—Ha sido una sorpresa maravillosa e inesperada descubrir por una partera que los movimientos que percibía en las entrañas no se debían a un mal incurable, sino a la agitación de mi hijo. —Bianca le dedicó una sonrisa llena de calidez y gratitud.

—Debe ser una sensación maravillosa sentir la vida crecer en nuestro interior.

—Sí, el mérito es vuestro, querida mía. ¡Que Dios os bendiga!

—Señora, sentaos y calmaos —insistió Olivia, quien temía un desmayo.

—Antes decidme que me perdonáis...

—Me parece haber declarado ya que no siento animosidad por vos.

—¡Gracias, ay, gracias! —exclamó Bianca con expresión de gratitud, con una luz en la mirada que conmovió a Olivia—. No podéis imaginar qué alivio me suponen vuestras palabras.

—No he hecho nada extraordinario, aparte de poner al servicio de quien lo necesita el don que me ha concedido nuestro Señor.

—Un don que nos está cambiando la vida a mí y al hombre al que amo. Sin embargo, hay otra cosa que debo contaros, algo muy importante.

—¿De veras?

—Os lo aseguro. Ocupad un sitio a mi lado, Olivia, porque nunca supondríais el secreto extraordinario e inimaginable que vais a descubrir por mi boca.

—Dios mío, ahora siento una gran curiosidad.

—Entonces, os contaré una historia que os concierne.

—¿Qué os pasa, Olivia? —Lapo notó enseguida el rostro sonrojado de la joven cuando entró en la estancia del conde loco, llamada así a causa de su antepasado Luchino, situada en el ala vieja del palacio. Se decía que este pasaba días enteros sin permitir que nadie entrara. El pobre debía sufrir una grave enfermedad mental, obsesionado con ponerle las manos encima a un cofre lleno de oro y objetos preciosos que estaba enterrado en su casa, una obsesión que nacía de haber leído una y otra vez las notas escritas por Ascanio, otro ancestro Monfalco.

Lapo y Olivia se habían vuelto a cuestionar si existiría de verdad, detrás de una de las paredes, en un nicho creado adrede para ocultar el tesoro con el que se fantaseaba desde hacía siglos. Sin embargo, la búsqueda seguía siendo infructuosa.

—Ay, querido mío, si lo supierais...

—Decídmelo. Soy todo oídos, amor mío. Forese me ha contado que habéis recibido a una dama de clase alta.

La joven tomó asiento y lo contempló con unos ojos en los que se debatía la confusión y quizás la perplejidad.

—Así es. Ya conocía a la dama que se ha presentado hoy en palacio. —Olivia le explicó a Lapo cuándo y por qué, aunque le ocultó que había sido Bianca quien la había denunciado a la Santa Inquisición.

—Habéis hablado durante mucho tiempo.

—Sí, debía relatarle otros asuntos, no solo decirme que estaba a punto de tener al hijo que tanto había deseado. Se acaba de despedir. ¿Queréis saber la buena noticia que me ha contado?

—Venga, ¿os divertís manteniéndome intrigado?

—He descubierto que esa mujer es mi tía Bianca, lo que me ha dejado perpleja.

—¿Vuestra tía? Ignoraba que tuvieras más familia aparte de Forese.

Olivia suspiró.

—Forese y Malvina no son mis verdaderos padres, aunque para ellos siempre he sido su hija a todos los efectos. En realidad, unos desconocidos me abandonaron en la basílica de San Lorenzo siendo un bebé en pañales.

—¿En serio?

—Así es, dos almas caritativas, Forese y Malvina, me bautizaron como Olivia Peruzzi. Con suma incredulidad, esa mujer me ha revelado mis orígenes. Fui fruto de una relación ilícita entre mi padre real, el cardenal Alemanno Spinoni, y Cleonice Pandolfini. —Lapo dejó escapar un suave silbido entre los labios—. Esta última era una aristócrata casada con otro hombre y llevó su relación con el eclesiástico con el máximo secretismo. Cleonice le contó a su amante que esperaba un bebé justo antes de despedirse de él. Se había dado cuenta de que estaba embarazada en el sexto mes, cuando era demasiado tarde para librarse con un aborto. Tenía un ciclo menstrual muy irregular y no creía haber concebido a un hijo en las pocas ocasiones en las que Alemanno y ella se habían amado como si fueran un hombre y una mujer unidos por el matrimonio.

—¡Vaya historia!

—El marido, noble y oficial de la Marina, le había comunicado su regreso definitivo a Florencia, por lo que se habría enterado de que le había sido infiel. Aterrada por el alcance del escándalo que presagiaba solo con saberse el adulterio, dio a luz en la clandestinidad y se deshizo de la recién nacida tras contarle a Spinoni que la pequeña no había sobrevivido al parto. No obstante, el destino nunca deja nada incompleto y, durante los interrogatorios de la Inquisición, Spinoni, que asistía a ellos, vio por casualidad la mancha que tengo en el hombro, idéntica a la que mi madre tenía en el mismo punto del cuerpo.

—¿Qué coincidencia tan extraordinaria! —comentó Lapo.

—Lo sé.

—¿Os alegra, querida mía, haber podido encontrar a vuestros verdaderos padres?

—Me resulta sorprendente, Lapo, pero confieso que considero a Forese y Malvina como a mis verdaderos padres, los que el destino ha querido regalarme, un destino benévolo si pienso en lo mucho que me han querido.

—¿Os extraña?

—Quién sabe qué fin habría tenido esa recién nacida abandonada en las escaleras de una iglesia si no me hubieran recogido, criado y amado. —Olivia se calló y comenzó a pensar en lo que había descubierto gracias a Bianca.

Su tía le había regalado una miniatura de su madre, una mujer muy guapa cuyos ojos tristes le habían transmitido una profunda melancolía. Ahora quería reflexionar con calma sobre lo que debía hacer después de haber descubierto esos vínculos familiares. Bianca también le había contado que a su hermano Alemanno, su padre natural, le quedaba poco tiempo de vida y que, sin exigirlo, le gustaría poder disfrutar antes de apagarse de la cercanía de una hija que nunca había sospechado que tenía. Bianca también le había pedido que estableciera una relación regular de parentesco con ella si era posible.

—Bien, ahora vos también sois noble, querida mía. —Lapo le apretó la mano, contemplándola con intensidad, satisfecho porque cada pieza de la vida de Olivia, de forma inesperada, hubiera coincidido hasta formar un dibujo armonioso que la reconciliaba con el pasado—. ¿Se lo habéis contado a Forese?

—Aún no le he dicho nada, Lapo. Quería que fuerais el primero en saber que no vais a casaros con una pobre huérfana.

—¿Pensáis que esto me supone alguna diferencia?

—No —admitió, rodeándole el cuello con los brazos. Se besaron, olvidándose de todo excepto de las sensaciones que explotaban en su interior cuando estaban uno en los brazos del otro. Se iban a casar en pocos días y los dos estaban impacientes por ser marido y mujer.

—Antes de que volvierais, Olivia —comentó cuando logró separar las manos y la boca de ella—, estaba estudiando ese fresco.

—¿Qué tiene de malo? Lleva siglos ahí. Aunque esté un poco desvaído, me parece igual de bonito. Tiene mucho mérito. El artista es anónimo.

—Me tiene perplejo esa ninfa, ¿la veis? Es como si, al señalar el camino con el dedo, indicase algo.

Lapo se había vuelto loco mientras ella hablaba con su tía. Había incluso inspeccionado la enorme cavidad de la chimenea, ennegrecida por el humo, en cuyo interior podían entrar seis hombres en fila, uno al lado del otro. A excepción de los agujeros que servían de respiradero, no mostraba nada que lo empujase a pensar que, quién sabía cómo, ocultase algo. Tras negar con la cabeza, se acercó de nuevo para observar los tres agujeros. Olivia lo siguió para examinar ella también los muros, pero, por la urgencia de seguirlo, empujó con torpeza uno de los dos morillos de hierro forjado, que derribó, haciéndolo caer sobre las piedras del suelo de la chimenea. De manera inesperada, se despegó un fragmento de la compleja estructura, produciendo un sonoro tintineo.

Lapo lo recogió y arrugó la frente al percatarse de su insólita forma: se asemejaba a una llave labrada toscamente por un herrero incapaz de hacer bien su trabajo. A simple vista, parecía esférica y larga, del diámetro de los agujeros.

Sin saber de dónde surgió la idea, bastante absurda, que le inundó la mente, la encajó en el primer agujero. No ocurrió nada. Tampoco con el segundo. No obstante, en cuanto la introdujo en el tercero, el hierro giró en el interior como si fuera una cerradura. En el silencio de la habitación, resonó con claridad el crujido de algo al desbloquearse. Las piedras de la chimenea vibraron bajo sus pies, como si una trampilla escondida estuviera a punto de abrirse para tragarse a Lapo y a Olivia.

—¡Mirad! —La joven señaló a la derecha del camino del fresco, que mostraba una pequeña fisura. Con una exclamación de triunfo, Lapo empujó con todas sus fuerzas, intentando abrir un hueco. Las paredes, deslizándose sobre mecanismos invisibles, se abrieron lo suficiente para revelar un doble fondo más allá del muro. Con el rostro contraído por la tensión, se limpió las manos en la casaca. Tras coger una vela, la encendió y se coló en el interior.

Olivia, con el corazón alborotado y sin importarle ensuciarse de hollín el elegante vestido, lo siguió. Con la débil luz de la trémula llama, posaron los ojos primero en el arca más grande y, después, en el cofre más pequeño. Casi titubeante, Lapo le entregó la vela a su prometida para que la sujetara mientras levantaba la tapa del cofre. De su garganta surgió un gruñido ronco de triunfo. Dentro de aquel cuarto sellado como una caja fuerte y de cuya ubicación ninguno de sus predecesores tenía idea, construido para ser escondido, el tesoro de los Monfalco brillaba con todo su esplendor magnífico y áureo.

Epílogo

Queridos descendientes:

Si estáis en posesión de este pergamino escrito por mi puño y letra significa que os encontráis en la habitación del tesoro, por lo que debo felicitaros.

Tanta riqueza, buscada por todos los Monfalco y hallada por ninguno excepto por mí, Luchino, es fuente de alegría para mis ojos. Creían que estaba loco y se reían de mis palabras, pero ¡cuánto he reído yo de esos necios! Por ahora disfruto solo del oro y las gemas. Entro en esta estancia casi todos los días y me encierro dentro. Me gusta rodearme de una riqueza inimaginable, como esta. Quién va a pensar que la llave para acceder al pasaje secreto está ante sus ojos. No seré yo quien lo diga. Después, cierro el acceso hasta mi próxima visita. No sé cuándo tendré la satisfacción de revelar a los necios de mis familiares lo que he logrado hacer, gracias a la perspicacia de mi mente ingeniosa, capaz de descifrar las indicaciones garabateadas por otros. Ella, la ninfa pintada, lo muestra con claridad. Es un mapa dibujado con precisión, pero todos piensan que se trata de una solución demasiado simple y banal y no se toman la molestia de reflexionar. Así, renuncian para siempre a intentarlo. Tontos, así son.

Que la suerte sonría siempre a nuestro linaje.

Vuestro Luchino, conde de Monfalco

—Colocaré este preciado documento en el archivo de familia —comentó Lapo. Habían pasado ya algunos días desde el descubrimiento del tesoro y todavía no se creía lo que había ocurrido.

—Me parece asombroso —dijo Forese, en cuanto su yerno hubo acabado de leer el pergamino por enésima vez.

—Sí, es un fragmento indispensable de la historia de los Monfalco que los demás conservarán —convino Olivia—. Es evidente que Lodovico, el conde que os ha precedido, con el tiempo, explorando el palacio, consiguió resolver el enigma, tal vez como nosotros.

—Cierto. —Lapo reveló su propia alegría con un movimiento explícito de cejas—. Lo demuestra el cofre con las joyas de Arabella, su esposa. Supongo que, mientras azotaba la peste, también en Florencia había innobles saqueadores que merodeaban y asaltaban los aposentos de los moribundos, quienes no podían defenderse ni a sí mismos ni a sus casas de los ladrones. El conde tuvo la cautela de guardar las joyas en este doble fondo con el propósito de conservarlas ante futuros hurtos. Después, la muerte acabó con todos, impidiéndoles disfrutar de la considerable riqueza encontrada.

—El cofre ha permanecido escondido hasta ahora —intervino Forese con un movimiento de cabeza, al mismo tiempo que vertía el vino en la copa—. Por eso, se había perdido su pista. Están todas las joyas que le vi puestas a la desafortunada Arabella, quien las lucía en cada ocasión

importante. Solo falta el colgante con el lirio blanco y la rosa, destinado a las esposas Monfalco, pero quizás lo perdiera la condesa.

—Puede ser —contestó Olivia, que incluso sin el collar, se sentía feliz de ser la esposa de Lapo.

Más allá del tesoro y del bienestar del que disfrutarían en su vida, era el amor que compartían lo que contaba. Se habían casado el domingo anterior y a la ceremonia, que se había celebrado en la basílica de Santa María Novella, habían ido su tía Bianca, que cogía entre sus brazos con ternura a su primogénito, Jacopo, y su esposo, el barón Aloisio Cantignani. Como es obvio, también estaba presente el cardenal Spinoni, su verdadero padre. Aunque débil por la enfermedad, había deseado asistir y bendecir la boda de su querida hija.

Aquel vínculo de sangre, por decisión de Olivia, permanecería en secreto para siempre. No había razones para hacer pública una historia lejana en el tiempo que habría podido suponer ahora un revuelo para un religioso, cuyo único pecado había sido enamorarse de una mujer hasta el punto de violar su voto de castidad. También Cleonice había pasado a mejor vida, por lo que era justo que se corriera el telón sobre los protagonistas de una pasión fatal y prohibida que tanto dolor había causado a todos.

Por otra parte, el monseñor había desempeñado su apostolado de la mejor manera posible, haciendo el bien por el prójimo cuando se lo pedían. Al final, en breve, se encontraría ante la presencia de Dios y no beneficiaba a nadie hablar de asuntos privados que como tal debían permanecer. Alemanno había expresado su gratitud al padre adoptivo y lo había abrazado como si fuera un hermano afectuoso. Forese se había emocionado.

Pero la felicidad es muy contagiosa, según constataba Olivia. Su amado marido y ella tenían la prueba día tras día y todas las noches. Lapo dejaría a sus hijos un tesoro que valía más que cualquier riqueza: la honestidad y el respeto por sí mismos que se obtenía al actuar con rectitud y en simbiosis con una conciencia limpia.

Como conde de Monfalco, el legado heredado, aparte de representar motivo de orgullo, suponía una responsabilidad que debía afrontar con una visión más amplia del presente por aquellos que dependían de sus decisiones. Era el orgulloso guardián de un prestigioso linaje, el de los Monfalco, y de sus tradiciones familiares que, a través de él, se transmitirían a las generaciones futuras. Y Olivia era su esposa querida.

FIN

Acerca del Autor

Mariangela Camocardi se define como «escritora polifacética». Ha firmado unos setenta títulos, entre novelas y relatos. Con preferencia por lo histórico, ha escrito terror, ficción femenina, romance, fábulas y comedias románticas. Entre las más queridas por el público se encuentran *Sogni di vetro* (Mondadori, Harper Collins), *Tempesta d'amore* (Mondadori), *Il talismano della dea* (Harper Collins) e *I Pirati del lago* (Mondadori, Amazon Publishing). En 2016, recibió el premio Amarganta por su carrera literaria. Forma parte con otros autores de la antología *Nessuna più* (organizada por Marilù Oliva contra el feminicidio, cuya recaudación se ha destinado al *Telefono Rosa* para ayudar a las víctimas de violencia de género). Se involucró también en dos obras de teatro, *Correva l'anno...*, homenaje a la centenaria Emma Morano, e *Il mio primo ballo*, dedicado al baile de debutantes Lago Maggiore. La autora ha sido directora de la revista *Romance Magazine* y colabora desde hace años con revistas de difusión nacional en Italia. Junto con otras autoras, ha sido la socia fundadora de EWWA (European Writing Women Association, Asociación Europea de Mujeres Escritoras).